

SERVICIO
SECRETO

Ss

LAS PAGINAS
AMARILLAS

Clark Carrados

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





Clark Carrados

Las páginas amarillas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1576

ePub r1.1

Lds 18.01.19

Título original: *Las páginas amarillas*

Clark Carrados, 1980

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

A Bruce Barsom le fastidiaba sobremanera la tarea que estaba desempeñando, pero no tenía otro remedio que hacerla. Al fin y al cabo, en las «páginas amarillas» se anunciaba para toda clase de servicios. Por tanto, alguien le había contratado para pasear un horrible chuchó, que parecía el compendio y *summum* de toda fealdad, y que, además, tenía un genio espantoso.

Barsom, sin embargo, había sabido domesticarlo. El primer día tuvo que aguantar como pudo las trastadas del infecto bicho, que se empeñaba en destrozarle los bajos de los pantalones y los calcetines, sin parar cuenta en que tales prendas cubrían sus tobillos. Al segundo día, salió de casa provisto de un bastón, con el que dio un par de ligeros toques al animal. El perro, en medio de todo, era inteligente y aprendió muy pronto la lección.

Por otra parte, la tarea no era excesivamente fatigosa: una hora por la mañana y otra por la tarde, y se lo pagaban bien. Como le quedaba mucho tiempo libre, no podía por menos de bendecir a la caprichosa dama, propietaria del perro, que en los momentos actuales se hallaba de vacaciones en Europa, por cuya razón había sido contratado para una tarea que ella no podía ejecutar personalmente.

Aquella mañana, como hacía ya desde una semana, había salido a pasear con el perro, conduciéndolo por medio de una larga correa, que sujetaba con la mano izquierda. En la derecha llevaba un bastón con empuñadura de plata. «Higgy», que tal era el nombre de la bestezuela, iba de un lado para otro, dentro de los límites que le permitía la correa, olfateando a placer la base de los árboles y eligiendo críticamente el más adecuado para levantar la patita. De pronto, vio venir hacia sí a un inválido, en una silla de ruedas,

empujado por una robusta enfermera.

El inválido parecía tener un millón de años y estaba ajeno a cuanto le rodeaba, sentado en su silla rodante y con las piernas cubiertas por una manta de cuadros de vivos colores. El anciano tenía la cabeza doblada sobre el pecho, mientras la enfermera empujaba la silla con aire maquinal, enteramente desprovisto de todo afecto.

Barsom se apartó a un lado cortésmente. La enfermera no pareció valorar el gesto. «Higgy» ladró unas cuantas veces, pero Barsom le enseñó la contera del bastón y el chucho se calló instantáneamente.

Los paseantes continuaron en direcciones opuestas. Al cabo de un rato, Barsom dio media vuelta.

El inválido y su «nurse» regresaban también, en sentido contrario. Un hombre salía en aquellos momentos de una casa cercana, rodeada por un jardín de buenas dimensiones, el cual, a su vez, estaba rodeado por una verja de hierro de casi tres metros de altura.

El hombre aparentaba unos cincuenta años y era robusto y bien parecido. En la mano derecha llevaba un portafolios. Tenía el aspecto clásico del hombre de negocios, de alta categoría.

El individuo salió a la acera. Súbitamente, el anciano se tornó joven y dejó de ser inválido. Barsom, estupefacto, contempló la escena desde unos ocho o diez pasos de distancia.

Moviéndose con increíble agilidad, el inválido salió al encuentro del hombre de negocios, quien, abstraído en sus pensamientos, no parecía haberse dado cuenta de lo que sucedía. Barsom empezó a gritar, pero era ya tarde.

La pistola que el inválido había tenido oculta hasta entonces bajo la manta emitió un pálido fogonazo. Barsom pudo darse cuenta de que tenía silenciador.

El hombre de negocios se tambaleó, con la sorpresa pintada en su rostro. El asesino disparó de nuevo, ahora a la cabeza. La víctima se desplomó, fulminada, muerta instantáneamente.

El asesino huyó a toda velocidad. La enfermera le seguía a poca distancia.

Barsom supo en el acto que la «nurse» no era sino una cómplice del asesino, quien ya había embarcado en un coche que aguardaba

a unos pasos de distancia. Pero también apreció la dificultad con que se movía la enfermera, cosa que achacó a los tacones de sus zapatos de uniforme.

Fue el instinto más que otra cosa lo que le impulsó a actuar. Cuando la enfermera pasó por su lado, le atravesó el bastón entre las piernas y la hizo caer de bruces.

Ella lanzó un espantoso reniego y trató de incorporarse. Barsom había perdido el bastón en la maniobra. Vio que iba a ser atacado y resolvió defenderse. Su puño derecho se disparó con increíble potencia y alcanzó el mentón de la «nurse».

Al golpe, algo voló por los aires. Barsom, estupefacto, vio que se trataba de la cofia, a la que seguía una peluca. La «enfermera» cayó sin sentido al suelo, mostrando su cráneo casi mondo.

—¡Es un hombre! —exclamó, estupefacto.

En aquel momento, oyó el rugido de un motor.

Inmediatamente, se echó al suelo. El asesino, conduciendo con una sola mano, disparó contra él un par de veces, a la vez que aceleraba brutalmente. Las balas, sin embargo, fueron a enterrarse en el césped del jardín contiguo. Desde el suelo, Barsom, que tenía buena memoria, pudo retener la matrícula del coche en que huía el asesino.

Luego se incorporó ligeramente. El hombre que había desempeñado el papel de enfermera yacía sin sentido. Tardaría un buen rato en despertarse. Barsom tenía una derecha que podía haberle hecho ganar mucho dinero, si hubiese decidido dedicarse al boxeo profesional.

En cuanto a la víctima, estaba boca abajo, manchando de rojo el gris del asfalto. Ya no se podía hacer nada por aquel pobre hombre, pensó Barsom.

Luego, de repente, notó que se había olvidado de algo. Alarmado, se puso en pie y miró en todas direcciones. Pronto lanzó un suspiro de alivio. «Higgy» estaba a unos pasos de distancia, sentado sobre sus cuartos traseros, pacífico espectador de la tragedia que acababa de producirse tan inesperadamente.

* * *

Una semana más tarde, Barsom recibió una llamada telefónica.

Maldijo entre dientes; eran apenas las tres de la tarde y hasta las seis no tenía que sacar a pasear el chucho. Pero la dueña de «Higgy» había regresado de Europa y tenía un gran interés en hablar personalmente con él.

Un cuarto de hora más tarde, Barsom llamaba a la puerta de la lujosa residencia donde vivía la dama. Una joven le abrió y le dirigió una sonrisa maliciosa.

—Hola, Bruce —saludó. Eran ya viejos conocidos—. Ella le espera en el saloncito íntimo. Puede pasar. Yo no le acompaño; tengo libre el resto del día.

—Muy bien, encanto.

Barsom conocía ya la casa lo suficiente para no equivocarse. Momentos después, tocaba a una puerta. Inmediatamente, le dieron permiso para entrar.

—Buenas tardes, señora Broxhull —saludó cortésmente.

Ella sonrió y se puso en pie.

—Celebro verle, señor Barsom —dijo—. Tengo algo importante que comunicarle, pero antes...

Winnie Broxhull le miró escrutadoramente. Delante de si tenía a un hombre joven, de unos treinta años, no muy alto, pero tremendamente fornido y con un rostro simpáticamente feo. Barsom, a su vez, estudió a la mujer, quien tenía escasamente dos o tres años más que él, y poseía una figura abundante en encantos físicos.

—Antes quiero saber si es cierto lo que dice su anuncio de las «páginas amarillas» —continuó por fin la dama.

—Bien, se me ocurrió poner «toda clase de servicios», aunque, como puede comprender, el asesinato queda excluido. Y también todo lo que pueda acarrear violencia.

—Es decir, nada de malos modos, golpes ni amenazas.

—En absoluto, señora Broxhull.

Ella sonrió deliciosamente.

—Muy bien, vamos a ver si tengo ocasión de comprobarlo —dijo. Movi6 la mano blandamente—. Sígame, por favor.

Winnie echó a andar hacia el primer piso. Barsom se preguntaba una y otra vez lo que le iba a pedir aquella hermosa mujer, aunque no se sentía capaz de solventar sus dudas por sí mismo.

Momentos después, entraban en un vasto dormitorio, cuyo

mueble principal era una cama gigantesca, circular, cubierta de raso rojo. La puerta del baño estaba abierta y a través de la misma podía verse una bañera, hundida en el suelo, capaz para una veintena de personas.

Winnie cerró la puerta, le miró y sonrió.

—Señor Barsom, creo que le pagaba a usted treinta dólares por hora, para pasear a «Higgy».

—En efecto, señora. Aunque podía haberse ahorrado ese derroche, si se lo hubiese encomendado...

—La doncella y «Higgy» no congenian demasiado. Ella, además, se negó, alegando que no era de su incumbencia. Y yo no podía dejar a «Higgy» sin salir todos los días un par de veces.

—Comprendo.

—Bien, aclarado este extremo, dígame, ¿cuánto cobra por hora... de «otros servicios»?

Al mismo tiempo que hablaba, Winnie se quitaba el vestido, para quedarse solamente con las enaguas, muy cortas, y el sostén y las braguitas. Aunque se sentía estupefacto, Barsom pudo apreciar que las ropas interiores eran de corte deliberadamente anticuado, lo que confería a la visión un encanto y un atractivo muy superiores a lo normal. Por si fuera poco, Winnie llevaba medias oscuras, con ligas rojas.

Ella rió suavemente.

—¿No me contesta. Bruce? —dijo, mientras se bajaba uno de los tirantes de la enagua.

—Esto... nunca me había pasado una cosa semejante... —contestó él, aturdido.

—¿Cómo? ¿A sus años, no ha estado nunca con una mujer?

Las enaguas cayeron al suelo. Winnie empezó a soltarse el sostén.

—Bueno, sí, claro que he estado con una mujer, pero... nunca me preguntaron por la tarifa honoraria.

El sostén cayó al suelo. Los senos de Winnie emergieron, redondos, muy firmes, picudos en rosa.

—Entonces, ¿trabajabas gratis? —preguntó ella, maliciosa.

—Nunca cobraba, si es eso lo que quiere saber.

Las braguitas eran de forma triangular y tenían dos lacitos en los costados. Winnie agarró con ambas manos los extremos de dichos

lazos.

—Tu anuncio dice «toda clase de servicios» —recitó, con los ojos muy brillantes—. Te contrato... por el tiempo que quieras y al precio que me pongas.

Barsom decidió dar de lado sus escrúpulos. Cuando avanzaba hacia la dama, las bragas cayeron al suelo.

Mucho rato más tarde, encendieron sendos cigarrillos. El tiempo se les había pasado volando. Barsom, de pronto, consultó el reloj.

—Oh, es hora de pasear a «Higgy» —exclamó.

Winnie puso una mano en su pecho velludo y le hizo echarse de nuevo hacia atrás.

—No tengas prisa —dijo—. «Higgy» está en el jardín y puede arreglárselas sin su paseo vespertino. Pero todavía no me has dicho cuál es tu tarifa.

—Por ser para ti, invita la casa —rió él.

Winnie le besó primero y luego le mordisqueó el labio inferior. De súbito, se sentó en la cama, con fuertes balanceos de sus senos, a la vez que se daba una palmada en la frente.

—¡Oh, pero qué desmemoriada soy! Pues no había olvidado el motivo por el que te hice venir a casa...

—Pero ¿no me habías llamado porque querías utilizar mis «servicios»? —se asombró él.

—Bueno, en cierto modo, hasta mañana por la mañana tienes tiempo —dijo ella riendo—. Pero te he encontrado un nuevo trabajo.

—¿De veras?

—Sí. ¿Conoces a Alma Drury?

Barsom se concentró unos instantes. Luego dijo:

—El apellido me suena, pero a ella no la conozco.

—A su padre lo asesinaron delante de tus narices, Bruce.

Barsom dio un respingo.

—¡La hija de Walter Drury! —exclamó.

—Sí. Tú conseguiste detener al cómplice del asesino. Éste, sin embargo, consiguió huir y aún no ha sido localizado. Alma quiere hablar contigo por dicha causa. Te espera a las nueve de la mañana, en las oficinas de la *Drury Consolidated*. ¿Irás?

—Bueno...

—Yo le hablé muy bien de ti. Además, sabe lo que hiciste el día

del crimen. No me dejes en mal lugar. Bruce.

—Está bien —se resignó el joven—. Iré a verla.

Los ojos de Winnie chispearon.

—¿Cuál es tu precio por hora? —repitió.

Bruce sonrió.

—Te lo dije antes: paga la casa.

—Entonces... ¡empieza a pagarme! —exclamó ella, a la vez que se arrojaba sobre Barsom con apasionada furia.

CAPÍTULO II

La atildada secretaria abrió la puerta, se echó a un lado y dijo:

—Puede pasar, señor Barsom.

—Gracias, señorita.

Barsom entró en el lujoso despacho y avanzó hacia la mesa, tras la cual, en pie, estaba Alma Drury.

Durante unos segundos, ambos se observaron en silencio. Ella era una muchacha de menos de veinticinco años, alta, espigada, de pelo muy rubio, corto y ligeramente ondulado. El severo vestido gris azul no era suficiente para ocultar las delicadas líneas de su cuerpo admirablemente proporcionado.

Al fin, ella hizo un ligero ademán.

—Siéntese, por favor, señor Barsom.

El joven se sentó, pero volvió a levantarse al ver que ella continuaba en pie. Alma lo advirtió y dijo:

—Se lo ruego, siéntese. Yo prefiero estar en pie por el momento. Creo que así hablaremos con más comodidad.

—A su gusto, señorita Drury.

—Y fume, si le parece.

—Muchas gracias.

Ella parecía un tanto irresoluta. Pero de nuevo se decidió a hablar.

—Sé que usted estaba presente el día en que asesinaron a mi padre. Su valerosa intervención sirvió para que la Policía pudiera detener al cómplice del asesino. No sabe cuánto le agradezco el gesto.

—Hice lo que me pareció en aquel momento —contestó Barsom.

—No todos se hubieran atrevido a arriesgarse. Dane Gowan, el cómplice, llevaba una pistola bajo su uniforme de enfermera. Pudo

haberle matado...

—Pero no lo hizo y ahora está en la cárcel. Más me preocupa que el asesino no haya podido ser detenido todavía. Fue un crimen muy bien planeado y mejor ejecutado, dicho sea con todos los respetos, señorita Drury.

—Sí, mi padre tenía que morir —dijo ella, con el hermoso rostro cubierto de sombras—. Pero ya está muerto y los vivos tenemos que seguir adelante. Señor Barsom, ¿no recuerda un detalle muy importante de aquel horrible suceso?

El joven trató de concentrarse. Una vez más, con los ojos de la imaginación, volvió a revivir el crimen. El inválido que se levantaba, corría hacia Drury pistola en mano, los disparos, la caída de la víctima, la carrera de la falsa enfermera y la breve pelea...

—Lo siento, no recuerdo nada más de lo que dije a la Policía en mi declaración —respondió al cabo.

—Me lo imagino. Usted, en cierto modo, debía de sentirse aturdido y asombrado por lo que ocurría delante de sus ojos. La cosa, aunque parezca lo contrario, no concluyó con la muerte de mi padre. Sin embargo, antes de seguir, convendría que puntualizásemos ciertos extremos que estimo de importancia.

Alma empezó a pasearse por el despacho. Barsom encendió un cigarrillo y cruzó las piernas.

—La señora Broxhull me ha hablado mucho de usted —continuó la muchacha—. Fue ella quien me recomendó le contratase. Está muy contenta de sus servicios.

Barsom ocultó una sonrisa. «Si supieras de qué clase de servicios se trata...», pensó.

—Muchas gracias, señorita —dijo educadamente.

—Es posible que la solución de este asunto se retrase un tiempo —manifestó Alma—. ¿Le parecen bien quinientos dólares diarios, más gastos, y una prima de diez mil, cuando haya terminado el asunto a satisfacción?

Barsom respingó.

—Es un precio muy satisfactorio —contestó.

—Entonces, queda contratado...

—Pero antes quiero quitarle una cosa de la cabeza —dijo Barsom rápidamente.

Alma le miró con curiosidad.

—¿Qué es? —inquirió.

—Si ha pensado en mí para buscar al asesino y vengar particularmente la muerte de su padre, olvídalo. Yo no me contrato jamás para asesinar a otras personas.

—No se trata de matar al asesino de mi padre —dijo la joven, quien había vuelto a reanudar sus paseos—. Por ese lado, pues, debe sentirse tranquilo. Lo que quiero es...

Alma se interrumpió de pronto. Había llegado junto a una de las ventanas y tenía la vista fija en la calle. Estuvo así un instante y luego, con el rostro demudado, se volvió hacia su visitante.

—Señor Barsom, en estos momentos, me es imposible continuar —exclamó—. ¿Podría ir el próximo fin de semana a mi granja?

—¿Su... granja?

—Sí. Tenemos... tengo una a veinte millas al Norte... El nombre es *Drury Farm*. En la gasolinera de *Dry Creek* le indicarán cómo llegar hasta la granja. Ahora, por favor, salga del despacho... Por aquí, pronto.

Alma corrió hacia una puertecita lateral y la abrió.

—Es nuestro ascensor privado —indicó—. Aprisa, están ya a punto de llegar.

Barsom entró en el ascensor y la puerta se cerró inmediatamente a sus espaldas. Lleno de perplejidad, se preguntó qué podía ocurrir para que la muchacha se sintiese repentinamente tan aprensiva y no quisiera continuar la conversación.

Alguien venía a visitarla, esto no ofrecía dudas. Pero ¿por qué no hacía esperar al visitante, mientras terminaban la conversación?

* * *

En la gasolinera de *Dry Creek* llenó el depósito de su coche. Al terminar la operación, hizo una pregunta al mozo:

—Voy a *Drury Farm*. ¿Puede indicarme el camino, amigo?

—Siga recto durante media milla. Luego tuerza hacia el Este y siga dos millas más. Encontrará una desviación a la izquierda. Tres millas más adelante, encontrará la granja.

Barsom sonrió alegremente y puso un billete en las manos del empleado.

—Gracias —dijo.

—Espere —exclamó el mozo—. ¿Es usted Bruce Barsom?

—Pues... sí —contestó el joven, un tanto desconcertado—. ¿Cómo lo sabe?

—La señorita Alma me advirtió que vendría un hombre preguntando por *Drury Farm*. También me dio su descripción... y un encargo para usted. Aguarde un momento, por favor.

El hombre entró en el barracón de oficinas y volvió a salir a los pocos instantes, con un «Winchester» en las manos.

—Está cargado —dijo—. Ella piensa que usted puede tener necesidad de utilizarlo.

—¿Han desembarcado ya los rusos? —sonrió Barsom.

—Los que pueden desembarcar son aún peores.

El hombre se alejó. Perplejo, Barsom dejó el rifle en el asiento posterior. No le gustaba el detalle. Parecía como si tuviera que ir a la guerra. No era precisamente un cobarde, pero sólo atacaba cuando tenía que defenderse.

Rezongando entre dientes, accionó el contacto y reanudó la marcha. Un cuarto de hora más tarde, cruzó los límites de la granja.

Quinientos metros más adelante, vio a un operario montado en el pescante de un gigantesco tractor, con pala para excavar o elevar pesos, según conviniera. El tractor remolcaba en aquellos momentos un arado de rejas múltiples. Por todas partes se veían bocas de riego por aspersión.

El conductor del tractor vestía camisa a cuadros, remangada, pantalones de peto y sombrero de fibra, de copa cónica y anchas alas. Debido al fuerte sol que lucía en aquellos momentos, tenía los ojos cubiertos por unas gafas de color.

Barsom paró el coche y saltó fuera. Agitó la mano varias veces. El tractorista le vio y detuvo su máquina.

—¡Eh! —gritó Barsom—. Estoy buscando a la señorita Drury.

El tractorista se quitó las gafas de color y sonrió.

—¿Cómo está, señor Barsom? —contestó.

Barsom se quedó estupefacto. El aspecto y la indumentaria hacían irreconocible a la muchacha. Ella se dio cuenta de su asombro y movió la mano.

—Venga —llamó—. Hablaremos mientras trabajo.

Barsom cruzó el espacio que había entre el camino y el tractor, y trepó al asiento del conductor, lo suficientemente amplio para

contener a dos personas sin problemas de espacio.

—Me siento atónito —confesó.

Ella puso nuevamente el motor en marcha.

—¿Por qué? ¿No ha visto nunca a una mujer pilotando un tractor?

—Bueno, pero es a usted a quien no me imaginaba...

—Es viernes, pasado el mediodía, y los jornaleros han terminado ya su tarea. Pero hay cosas que no se pueden abandonar, por eso me ha encontrado arando este trozo de tierra.

Barsom paseó la vista por los alrededores. Vio edificios, un molino de viento, un silo, almacenes, establos y también recintos vallados, donde había animales domésticos.

—Una propiedad admirable —elogió—. Pero necesitará más gente...

—Oh, claro que sí; hay un matrimonio que permanece constantemente en la granja. Hay animales a los que alimentar y cuidar, y también vacas que necesitan ser ordeñadas. Pero ellos ya tienen bastante trabajo para que, además, les pida que manejen el tractor. Por eso estoy yo aquí.

—Las cosas no están muy tranquilas, a pesar de la apariencia de tranquilidad y paz que hay en el ambiente. ¿O he soñado que me daban un rifle en la gasolinera?

—¿Lo aceptó? Pensé que alguien podía intentar impedirle la llegada. Veo que no ha sido así y me alegro de ello. Cuando vayamos a la casa, a almorzar, me devolverá el rifle.

—Sí, porque no me gustaría andar por ahí haciendo de pistolero del Oeste. Bien, ¿no puede decirme por fin lo que le preocupa? Recuerde, tuvimos que interrumpir la conversación.

—Es cierto —convino la muchacha—. Mi padre llevaba consigo un portafolios. El asesino se lo arrebató después de disparar contra él.

—No me fijé entonces —se disculpó Barsom.

—Es lógico. Bien, dígame, ¿qué le pareció la cifra de honorarios?

—Aceptable.

—Yo creí que iba a calificarla de maravillosa —dijo Alma, un tanto decepcionada.

—Puesto que acepto, es aceptable —contestó él—. Adivino que

va a encomendarme la búsqueda del portafolios.

—Y de los documentos que contenía.

—Son importantes, supongo.

—Puedo perder el control de la *Drury Consolidated* si no los recupero.

—¿Significaría una catástrofe para usted?

—Significaría tener que ceder lo que vale mil, a cambio de una compensación de cien o menos. ¿Qué le parece?

—Inaceptable.

—Entonces, empiece a trabajar. El salario cuenta desde el miércoles, día de nuestra primera entrevista.

—Muy bien. ¿Le parece que interrogué a Phil Hoster? ¿O prefiere que empiece por Gloria Land?

Enormemente sorprendida. Alma detuvo el tractor, aunque no paró el motor, limitándose a dejarlo al «ralentí». Luego se volvió hacia el joven.

—¿Cómo sabe esos nombres? —preguntó.

—Usted me empujó hacia el ascensor privado. No quería que me viesen sus visitantes. Pero yo me quedé allí dentro escondido. Dejé una rendija en la puerta y lo vi y oí todo.

Alma apretó los labios.

—Entonces, casi no hace falta que le explique cómo está la situación.

—Prácticamente lo sé todo. ¿Le sabe mal que me quedara a escuchar?

—Ahora ya es tarde para hacerle reproches. ¿Cuál es su opinión al respecto?

—Calcularon mal. Sin duda, pensaron que, muerto su padre, la empresa se vendría abajo. Usted ha tomado las riendas del negocio y lo maneja con puño de hierro.

—Estaba enterada de las interioridades del negocio. No me costó demasiado, aunque no es trabajo que me llene de satisfacción.

—¿Hay otro trabajo que le agrade más?

Alma movió la palanca de nuevo y el tractor se puso otra vez en marcha.

—Éste —dijo—. Me gusta infinitamente más. ¿Lo encuentra extraño, señor Barsom?

—A decir verdad, sí, señorita Drury.

—¿Por qué? ¿Cree que soy la única chica granjera del país?

—Oh, no, claro. Pero cualquiera que la vea a usted, fuera de la granja, por supuesto, piensa inmediatamente en una joven que se dedica a pasar modelos de alta costura, o a posar para fotografías caros... o, simplemente, a vivir de su fortuna. A nadie se le ocurriría pensar que sus aficiones son el cultivo de la tierra y la cría y el cuidado de los animales domésticos.

—Sin olvidar los árboles frutales, cuatro hectáreas de viña de la mejor calidad y algo que no alimenta, pero que alegra la vista y satisface el olfato: un poco de jardinería.

—Asombroso —calificó él.

—Añadamos también la vida al aire libre, lejos de las grandes y atestadas y contaminadas ciudades. ¿No me envidia, señor Barsom?

—Pues...

El joven no pudo contestar. Mientras conversaban, Alma había hecho dar la vuelta al tractor, cuyo morro estaba ahora enfilado hacía el camino, en dirección a la carretera de acceso al mismo.

Un automóvil de color oscuro corría a toda velocidad hacia allí, dejando tras de sí una espesa nube de polvo como estela.

—Alguien viene —dijo Barsom.

—Y no con buenas intenciones —añadió la muchacha serenamente.

CAPÍTULO III

Barsom miró hacia su coche, situado a unos ciento cincuenta metros de distancia. Ya no tenía tiempo de ir en busca del rifle.

Inesperadamente, Alma saltó al suelo.

—Señor Barsom, ¿se atrevería a manejar el tractor?

—Claro —contestó él.

—Entonces, póngase al volante. Voy a desenganchar el arado.

Barsom ocupó el puesto de la muchacha. El coche de color negro estaba ya muy cerca.

Alma volvió al asiento segundos después.

—¡Vamos a la casa! —gritó—. Allí tengo armas y podremos defendernos.

—Espere —dijo él—. Hay algo mejor que una defensa pasiva, y es la ofensiva activa.

El coche se había detenido ya. Un hombre desembarcó y tendió la mano hacia el tractor, a la vez que lanzaba un poderoso grito:

—¡Ahí está! Vamos, a por ella.

Barsom engranó una marcha y pisó el acelerador. El tractor arrancó con un atronador rugido.

El hombre volvió al coche, cuyo conductor lo hizo salir inmediatamente del camino. El automóvil avanzó dando tumbos y botes por un terreno lleno de irregularidades.

Alma se volvió un momento.

—Están locos —exclamó.

—Déjelos —sonrió él.

Barsom hizo avanzar unos cincuenta metros al tractor. Luego, viró en redondo y lo lanzó hacia adelante al máximo de velocidad.

El conductor del automóvil vio echarse encima a aquella enorme mole y se apartó desesperadamente a un lado, evitando la colisión

por centímetros. En el momento del cruce, Barsom vio al otro individuo empuñando una pistola.

—Esto se pone feo —dijo.

El tractor llegó hasta el camino. Barsom se volvió un instante.

El automóvil había quedado a unos doscientos metros. Parecía atascado en la tierra húmeda. Uno de sus ocupantes salió y les apuntó con la pistola, pero desistió, dado lo excesivo de la distancia.

De pronto. Alma lanzó un grito:

—Vaya hacia esas balas de paja.

Barsom obedeció. Alma manejó los controles de la pala y cargó un par de balas, que quedaron como parapeto delante del puesto del conductor. Barsom no pudo por menos de alabar el gesto de la muchacha.

—Ahora, vire en redondo otra vez. ¡Cargue contra ellos y no falle! —ordenó Alma.

El tractor giró nuevamente. Los dos pistoleros venían ya hacia ellos, acelerando el conductor brutalmente.

Los dos vehículos avanzaron en sentidos opuestos. El hombre de la pistola sacó medio cuerpo y abrió fuego. Barsom pudo oír los estampidos del arma, pero no el impacto de los proyectiles, que se hundían inofensivamente en la paja.

En el último instante, el conductor del coche trató desesperadamente de evitar la colisión. Esta vez no lo consiguió.

El choque fue tremendo. Se oyó un estrépito horroroso. La mole del tractor arrolló literalmente al coche, arrastrándolo unos cuantos metros, antes de hacerlo volcar por completo, de modo que quedase con las ruedas hacia arriba. Barsom dio media vuelta y saltó al suelo.

Los pistoleros salían gateando del coche. Uno de ellos tenía aún la pistola y apuntó al joven. Barsom saltó a un lado, esquivando el balazo por milímetros.

Entonces, se oyó de nuevo el rugido del tractor. Alma ocupaba ahora los mandos y cargó de nuevo contra los rufianes. El conductor consiguió salir y entonces sucedió lo inesperado.

Los pistoleros se acobardaron y empezaron a correr. El que tenía el arma se volvía de cuando en cuando y protegía la retirada con algunos disparos. Momentos después, llegaban al coche de Barsom.

El joven se tiró de los pelos.

—¡Se lo llevan! —gritó.

Los hampones huyeron a toda velocidad. Alma llamó a Barsom.

—Será mejor que vayamos a la casa —dijo—. Allí tengo armas y podemos defendernos si es preciso.

—No creo que vuelvan...

—Olvidó el rifle en su coche.

Barsom apretó los labios.

—¿Quién podía suponer...?

—¿Por qué cree que se lo dejé en la gasolinera?

—Vamos, no irá a decirme que esperaba el ataque, ¿eh? —dijo Barsom de mal talante.

—Esperaba algo por el estilo.

—No me diga. Usted tampoco tenía armas en el tractor...

—Es cierto. No creí que vinieran tan pronto. —Alma había parado el motor y saltó al suelo—. De todos modos, no se preocupe: compre un coche y envíeme la factura. Le indicaré un vendedor, para que no tenga que desembolsar un céntimo.

—Denunciaré el robo a la Policía...

—No lo haga —prohibió ella—. Quiero llevar este asunto con el máximo de discreción.

—Oiga, si esos tipos cometen un crimen y utilizan mi coche y yo no he denunciado el robo, puedo verme metido en un lío muy gordo, cosa que no me gusta en absoluto. Aquí, en la granja, tiene algún coche, ¿no es cierto?

—Sí, claro; una ranchera y un «jeep», además de una camioneta.

—Déjeme el que le parezca mejor; el lunes lo tendrá en el «parking» del edificio de sus oficinas. Eso será suficiente.

Alma esbozó una sonrisa.

—De acuerdo, pero al menos, ¿no acepta almorzar conmigo?

Barsom sonrió también.

—La verdad es que el ejercicio me ha abierto el apetito —confesó.

—Entonces vamos, andando... y no olvide; tiene que recobrar el portafolios.

—Al menos, conozco a los ladrones, quiero decir, a los que pagaron por robar ese portafolios.

—Y asesinar a su dueño, no lo olvide. Pero ellos lo negarán. Yo

le aconsejaría mejor que tratase de encontrar a los matones que realizan las tareas sucias.

—¿Tiene alguna idea al respecto?

Alma sacudió la cabeza.

—No. Lo lamento, pero tendrá que hacer usted todo —dijo.

Barsom levantó los brazos al cielo.

—¿Por qué se me ocurriría el dichoso anuncio de «Toda clase de servicios»? —se lamentó.

* * *

Entró en el bar, trepó a un taburete, pidió un *whisky* y encendió un cigarrillo. Cinco minutos más tarde, un individuo se sentó a su lado.

—Me buscas, Bruce —dijo.

—Sí, Vic.

Victor McNulty pidió de beber. Después de un par de tragos, chasqueó la lengua.

—Bruce, ¿cuál es el problema? —preguntó.

—El hombre que mató a Walter Drury, Vic.

De nuevo hubo otra pausa de silencio. Luego, McNulty murmuró:

—Si es el que me imagino, se llama Jasso Farrill, alias «Atila».

—Por donde él pasa, no crece la hierba, ¿eh?

—Fue estudiante de medicina, pero debió de pensar que ganaría más dinero matando a la gente que curando enfermos. Tiene en su casa un cráneo y lo enseña orgulloso a sus amigos. Hay un agujero en la frente de la calavera. Lo hizo él.

—Un tipo sádico, vamos.

—Farrill tenía una fulana y el tipo se la quitó. Farrill dijo que un día tendría su calavera en casa. El otro se rió y le dio una buena paliza. Más le hubiera valido dejar a la prójima y no golpear a «Atila». Los profesionales le miran con mucho respeto.

—Y la Policía, ¿cómo le mira?

—Nunca han encontrado pruebas.

—Comprendo. ¿Dónde vive Farrill?

McNulty se volvió y le miró sorprendido.

—¿Piensas visitar a ese «azote de Dios»?

—Tengo que hacerlo, Vic.

—Entonces, dime una cosa. ¿Cómo andas de dinero en el Banco? Porque me gustaría que hicieses testamento y me nombrases tu heredero universal. Estoy seguro de cobrar la herencia antes de una semana.

—No seas agorero —refunfuñó Barsom—. Yo también tengo mis trucos, ¿sabes?

—Sí, pero no te servirán de nada. En fin, si estás loco... puede que Farrill te cure la chifladura. En el número doscientos ochenta de River Road, lado Oeste. El buzón ostenta el nombre de James Johnson.

—Muy bien, Vic. Pásame la factura, ¿quieres?

—Cien «pavos» y mis lágrimas.

Barsom sonrió, a la vez que sacaba unos cuantos billetes del bolsillo. De pronto, recordó algo.

—Vic, dime, ¿conoces a un tipo que tiene mi estatura, pelo rizado, labios muy gruesos, morcilludos, y cara bastante redonda, con barba fuerte y dura, de la que resalta incluso recién afeitado?

—Veinte «pavos» más —pidió el confidente.

Barsom se los dio.

—Steve Spann —dijo McNulty—. No sé dónde vive, pero puedes encontrarlo en los billares del viejo Danny O'Hara

, a partir de las ocho de la noche, casi todos los días.

Barsom tocó con la mano el hombro de su amigo.

—Gracias, Vic.

—El padre Santos, de la parroquia de la Anunciación, es primo mío. Le diré que te haga un buen funeral.

—Si tanto empeño tienes en «celebrarlo», ve a la tienda de flores de Mónica Rivera y encarga crisantemos para mi tumba —se despidió Barsom con macabro humorismo.

Pero el relativo buen humor se le disipó apenas estuvo en la calle. ¿Era tan peligroso Farrill como decía el confidente?

Pronto tendría ocasión de averiguarlo. Los billares del viejo O'Hara

estaban más cerca y estimó que resultaría interesante una conversación con Spann, el hombre que había disparado la pistola durante el ataque a la granja.

Barsom se había puesto una cazadora clara y llevaba abierto el cuello de la camisa. Apoyado en la barra, veía a los billaristas y oía el entrecocar de las bolas. Spann no había llegado todavía.

Poco después de las ocho, apareció el individuo. A los pocos momentos, el barman le dio un recado:

—Te esperan en el número tres —dijo.

Spann le miró suspicazmente.

—¿Quién es? —preguntó.

—Me enseñó mucha «pasta». Dijo que se llama Smith, es todo lo que sé.

—Está bien.

Spann cruzó la sala y ascendió por la escalera que conducía al primer piso. En la casa de billares había también reservados para los clientes que quisieran hacer negocios reservados o refocilarse con personas de sexo opuesto.

Spann abrió la puerta y dio dos pasos en el interior del reservado. Inmediatamente, algo le empujó con tremenda fuerza contra la pared opuesta.

Corrió unos cuantos pasos, se estrelló contra la pared, rebotó, y antes de que pudiera recobrarse, sintió qué le hacían girar en redondo.

Un puño se hundió violentísimamente en su estómago. Spann se dobló sobre sí mismo, sólo para recibir en pleno rostro un tremendo rodillazo que le hizo caer de espaldas al suelo, prácticamente sin sentido y arrojando sangre por la nariz y la boca.

Barsom cerró la puerta. Luego se inclinó sobre el caído y le quitó la pistola. En otros bolsillos encontró el tubo de un silenciador, una navaja automática y quinientos dólares en billetes.

—Estabas bien provisto —dijo, mirando al caído.

Había hecho que le enviasen al reservado una botella de *whisky* y dos de agua tónica. El contenido de estas dos botellas fue a parar al rostro de Spann.

CAPÍTULO IV

Al cabo de unos minutos, Spann empezó a recuperarse. Poco más tarde, se sentó y miró con turbias pupilas al hombre que tenía frente a sí.

—Hola —sonrió Barsom.

Estaba erguido, con los pies separados y las manos en los costados. Torpemente, Spann consiguió sentarse en el suelo.

—¿Por qué me ha atacado? —preguntó.

—Ayer me disparaste unos cuantos tiros, y de propina, te llevaste mi coche.

—¡Usted! —resopló el hampón.

Barsom movió la mano izquierda.

—Levántate y ponte de cara a la pared. Tengo tus armas, ¿sabes?

Spann obedeció, con el rostro lleno de aprensiones. Barsom se acercó a él y le agarró su oreja derecha con la mano izquierda.

—Voy a hacerte unas cuantas preguntas —dijo—. Si no me contestas, te cortaré la oreja.

El filo de la navaja se apoyó en el órgano mencionado. Spann lanzó un aullido de pánico.

—¡No, por Dios! —chilló—. Se lo diré todo, pero no me haga eso, por lo que más quiera...

—Bien, entonces, suéltalo ya.

—Nos enviaron a buscar a la chica. Sólo teníamos que llevarla al cruce de la veintidós con el camino de Saltville. Allí nos esperaría alguien, que se haría cargo de ella. Eso es todo lo que sé.

—Todo no, Spann —corrigió el joven—. Por ejemplo, has olvidado el nombre de la persona que os ordenó raptar a la señorita Drury.

—Ah, eso sí que no lo sé. Pregúnteselo a Dinkley.

—¿Es tu compinche?

—Sí.

—¿Dónde puedo encontrarle?

Spann calló un instante. Barsom hizo una ligera presión con el filo de la navaja.

—¡Vive en la calle Dieciséis, número ochocientos setenta y cinco! —gritó el hampón.

—Está bien.

Barsom guardó la navaja. Retrocedió un paso y luego golpeó el cuello del sujeto con el filo de su mano derecha.

Spann se derrumbó como un fardo. Barsom dio media vuelta y abandonó el reservado.

Al salir, dirigió una sonrisa al barman.

—Gracias, ha sido una entrevista muy interesante —manifestó.

—Lo celebro —contestó el hombre.

Barsom abandonó la sala de billares. Tenía que ver a Farrill, pero todavía no había dado con la idea que le permitiese celebrar la entrevista con un mínimo de tranquilidad hacia su seguridad personal.

Dinkley no estaba en su casa ni se sabía cuándo podría regresar, le informó una conserje del sexo femenino, gorda, grasienta y con una cabellera que parecían crines de caballo. Para evitar que el sujeto pudiera prevenirse, Barsom dio una buena propina a la mujer, con el encargo de que callase. No podría impedir que Spann se lo comunicase, pero, al menos, no sabría que había estado en su casa a buscarlo.

El día terminó con otro fracaso. Farrill, el asesino, tampoco estaba en su casa. Maldiciendo entre dientes, Barsom regresó a su apartamento. Hizo un resumen de lo conseguido, anotó los gastos, y tras un baño caliente, se acostó en su cama y consiguió dormirse.

* * *

El hombre manipulaba en la cerradura del lujoso «coupé» deportivo, cuando sintió una mano que le tocaba en el brazo.

—¿Puedo ayudarle, amigo? —preguntó Barsom cortésmente.

El individuo se volvió. Intentó huir, pero Barsom lo agarró por

los hombros y lo sujetó contra el coche.

—Quieto, amigo —dijo, amenazador—. No intentes escapar, o te partiré en dos.

De pronto, sonó una voz femenina:

—¿Qué es lo que está pasando aquí?

Sin soltar a su prisionero, Barsom volvió un poco la cabeza.

—¿Debo presumir que el coche es suyo, señora?

—Sí, en efecto —contestó ella.

—Este sujeto intentaba forzar la cerradura, seguramente para robárselo. ¿Quiere que llame a un guardia?

La mujer hizo un gesto negativo.

—Ha evitado el robo y eso es suficiente; no quiero complicaciones —respondió—. Déjele que se marche.

—Está bien. —Barsom soltó al sujeto y le arreó una patada en el trasero como despedida—. ¡Largo, miserable!

El ladrón echó a correr. Barsom se volvió hacia la mujer y sonrió.

—Celebro haberle evitado un disgusto, señora. Pude darme cuenta de lo que hacía ese ladrón... Permítame que me presente: Barsom, Bruce Barsom.

—Es un placer —dijo ella—. Me llamo Gloria Land y no sé qué decirle para expresarle mi gratitud. Pero ¿está seguro de que se trata de un ladrón? ¿No podría suceder que fuese el dueño? Porque usted no sabía que el coche me pertenece...

—En efecto, no lo sabía. Pero estaba seguro de que no era de aquel sujeto. Un tipo con los codos rotos y remiendos en los pantalones no tiene un «Porsche» como éste tan magnífico.

—Buena deducción —sonrió Gloria—. Una vez más, gracias por su intervención, señor Barsom.

—Ha sido un placer, y más tratándose de una mujer tan encantadora —contestó él.

Gloria hizo aletear sus espesas pestañas, a la vez que sonreía amablemente. Abrió la portezuela, entró en el coche y lo hizo arrancar. En el momento en que el «Porsche» se ponía en movimiento, levantó una mano enguantada en señal de saludo.

Barsom correspondió con un gesto análogo. Diez minutos más tarde, entregaba veinte dólares al ladrón.

—Lo has hecho muy bien, «Manco» —dijo.

A Dudley Cass le llamaban «Manco», quizá para resaltar mejor su principal habilidad, que consistía en abrir cualquier cerradura sin más que sus dedos y un pedazo de alambre. Cass aceptó los billetes y se refrotó las posaderas.

—Y tú te lo tomaste demasiado en serio —se quejó—. Podías haberme pateado con menos fuerza.

—Tenía que ser creíble —se defendió el joven—. Lo siento, añadiré cinco «pavos» más por la patada.

—Gracias, Bruce. ¿Salió bien? ¿Tomaste contacto con la prójima? ¿Cuándo te la llevas al catre?

—«Manco», ella es muy guapa, pero yo no la busco precisamente para refocilarme con ella.

—Pero si se pone a tiro... Se pueden combinar el placer y los negocios, me parece.

—Deja eso de mi cuenta. A propósito, supongo que tienes otras ropas mejores en casa.

—Claro, pero tú me pediste que vistiera como un pordiosero...

—Vamos a tu casa —dijo Barsom—. Necesito que vistas como las personas decentes.

Cass rió burlonamente.

—Dime dónde hay una y le levantaré un monumento —contestó—. ¿Debo pensar que me vas a dar más trabajo?

—Sí.

—Según lo que sea, mi tarifa...

—Abrir la puerta de un apartamento. Del resto me encargo yo.

—¿Sólo eso? —Cass parecía decepcionado—. ¿Cuándo me llamas para abrir una buena «lata»?

—Por ahora, no hay ninguna caja fuerte en perspectiva. ¿Cien dólares?

—Hecho —aceptó el «Manco» de inmediato.

* * *

El hombre llegó ante la puerta del apartamento, sacó la llave y la insertó en la cerradura, sin fijarse en el finísimo alambre que estaba sujeto a las dos jambas, a medio palmo del suelo. El hilo metálico era muy delgado, pero extremadamente resistente.

Después de abrir, Jasso Farrill empujó la puerta y adelantó el pie

derecho. Una fracción de segundo más tarde, caía cuan largo era en el interior del apartamento.

Antes de que pudiera recobrase, unas manos fuertes tiraron de él hacia adentro. Todavía sorprendido, Farrill no supo reaccionar a tiempo. Sintió que era izado a pulso y luego vio las estrellas, cuando un puño golpeó su mandíbula con tremenda potencia. La pérdida del conocimiento fue instantánea.

Cuando despertó, se encontró atado de pies y manos, y sentado en un sillón, al que estaba sujeto por unas cuerdas que le rodeaban el torso y las piernas. Delante de él, había un hombre que le miraba con la sonrisa en los labios.

—¿Quién es usted? —preguntó Farrill—. ¿Por qué me ha atacado? ¿Quiere dinero?

Barsom llevaba las manos enguantadas y enseñó una pistola.

—De aquí salieron las dos balas que acabaron con la vida de Walter Drury —dijo.

—No sé de qué me está hablando...

—Detuve a tu compinche.

Farrill lanzó una interjección.

—¡Fue usted!

—Sí. Me ha costado nada menos que tres días esperar a que volvieses a tu casa, pero valió la pena. Jasso, ¿no sientes nada en los pies?

El asesino se removió inquieto, aunque dada su posición no podía mover la cabeza lo suficiente para poder mirarse las extremidades. Pero lo que sintió le hizo sudar a chorros.

—Te he puesto fósforos de madera entre las uñas y la carne —dijo Barsom, impasible—. Un fósforo en el meñique del pie izquierdo, dos en el dedo siguiente, tres en el dedo medio y así hasta cinco en los restantes. Si no me contestas cuando haya encendido el primer fósforo, prenderé los siguientes, luego tres...

El encendedor del joven chasqueó súbitamente. La cara de Farrill se puso gris.

—Dios, usted no puede hacer eso —protestó.

—Ah, yo no puedo hacer eso... y en cambio, tú sí puedes matar a la gente impunemente.

—Escuche, yo no sé nada... Sí, ya sé lo que me va a preguntar, pero no le podré contestar, aunque me arranque la piel a tiras. De

acuerdo, mato por dinero. Pero ¿cómo cree que hago los contratos? Me llaman por teléfono, concertamos una cita, el «cliente» viene disfrazado, nunca me da su nombre; sólo me señala el de la persona que quiere eliminar... A veces, ni eso; me lo dice por teléfono y envía el dinero por correo. Y eso fue lo que sucedió con Drury. Me pagaron doce mil, dos mil fueron para Dane Gowan, el que se disfrazó de enfermera... Lo hicimos así porque de este modo, podía pillarle desprevenido.

Barsom sonrió complacido. Farrill estaba lleno de pánico. Nunca se había visto antes en una situación semejante. Se daba cuenta de que no era policía, y por tanto, no estaba atado por impedimentos legales. Si su captor quería, podía hacerle sentir los mil tormentos del infierno.

—Gracias por tu discurso, pero más que saber que mataste a Drury, quiero que me digas lo que hiciste con el portafolios que le quitaste después de abatirlo a balazos —dijo el joven.

—Ah, el portafolios... Bueno, no lo tengo en casa...

—¿A quién lo entregaste?

—No lo sé.

—¿Cómo? —se indignó Barsom, a la vez que encendía nuevamente el mechero—. ¿Quieres que prenda fuego al primer fósforo?

—¡No, espere! —pidió Farrill desesperadamente—. Me llevé el portafolios, es cierto, pero tenía instrucciones de entregarlo de una forma un tanto peculiar... Lo arrojé al jardín de una casa, por la trasera. Hay un seto de dos metros y lo tiré por encima, eso es todo. Ya no sé más.

Barsom decidió que el sujeto era sincero y aceptó su explicación.

—Bien, dame la dirección de esa casa —pidió.

—Chestnut Avenue, tres mil trescientos quince. Por la parte posterior, da a Ocean Road.

—Perfectamente.

Barsom arrojó la pistola sobre un diván y se encaminó hacia la puerta. Farrill lanzó un aullido.

—¿Es que no me va a soltar?

Barsom se volvió y le miró fríamente.

—Los hombres como tú tienen una celda asignada en San Quintín. ¡Para siempre! —concluyó a la vez que abría la puerta.

En el último instante, recordó el alambre y se agachó para quitarlo. La ayuda de Cass había resultado muy positiva, pensó, mientras se encaminaba al ascensor.

* * *

Alma le llamó por teléfono aquella misma noche.

—Hace días que no tengo noticias tuyas. ¿Puede contarme algo interesante?

—Nada nuevo, a no ser que han detenido al asesino de su padre.

—He visto la televisión. La Policía lo encontró atado en su casa. Nadie se explica cómo sucedió. El sujeto no quiere hablar.

—Conmigo sí habló.

Alma se quedó sin aliento.

—¿Seguro?

—Ya lo creo. No sabe quién le contrató, pero sí me dijo dónde está el portafolios.

—¡Hombre de Dios, podía haber empezado por ahí! —le reprochó ella—. ¿Lo tiene ya?

—No se precipite. Farrill me dijo dónde había dejado el portafolios, que es muy distinto de haberlo conseguido. Le habían dado una dirección y se limitó a arrojarlo al jardín de una casa. He estado estudiándola. Mañana iré a hablar con... el propietario.

—¿No puede ser hoy?

—Lo siento. Es preciso esperar hasta mañana.

—Tendrá sus razones, supongo. Pero ¿qué pasará mientras tanto con los documentos?

—Si lo que piensa ese tipo es cierto, yo me imagino que todavía los tiene guardados. No se preocupe.

—Está bien, le dejo libertad de acción.

—Gracias. ¡Ah!, una cosa, señorita Drury.

—Dígame, señor Barsom.

—El asunto le va a costar caro y no lo digo precisamente por los honorarios. Estoy gastando mucho dinero en... digamos, conseguir información.

—Eso no debe preocuparle. Mañana le enviaré un cheque por cinco mil dólares.

—Esos documentos valen mucho, ¿eh?

—Valen lo que vale la *Drury Consolidated*. Si no consigo recuperarlos, me quedaré en la calle.

—No debiera lamentarlo. Le gusta más la vida de granjera.

—Sí, pero ¿qué me dice del amor propio? Aparte de que si deseara deshacerme de la empresa, lo haría yo por mi propia voluntad y fijando las condiciones más convenientes para mí, ¿no le parece?

—Está llena de razón. Oiga, en su granja, ¿quién mata los pollos cuando quieren hacer uno al horno?

—El encargado. ¿Por qué lo dice?

—Dígale que mate uno para el domingo —se despidió Barsom alegremente.

* * *

Dormía profundamente, cuando creyó oír un ruidito en el interior de la casa.

Sin encender la luz, aguzó el oído. Sí, alguien había entrado y no precisamente por la puerta. Aunque esto era lo de menos.

El intruso estaba en la cocina. Barsom no tenía armas. Decidió sorprenderle.

En completo silencio, se levantó y, descalzo, caminó hacia la puerta del dormitorio, que abrió cautelosamente. El intruso hacía algo en la cocina.

Paso a paso y a oscuras en todo momento, se dirigió a la cocina. De pronto, rozó una silla y las patas chirriaron contra el suelo.

El intruso se sobresaltó y echó a correr. Barsom intentó perseguirle, pero el sujeto había salido ya por la puerta posterior y desaparecía entre las tinieblas, sin que pudiera captar el menor detalle de su cara o de su figura.

El joven se detuvo en el umbral, lleno de perplejidad. ¿Qué había ido a hacer aquel sujeto en la casa?

Cerró la puerta y puso las manos en los costados, mientras miraba a su alrededor. Todo parecía en orden. Allí no había sucedido nada.

El instinto, sin embargo, le decía que el intruso no había estado allí precisamente para hacerse una taza de café. ¿Qué manipulaciones había realizado en la cocina?

Estaba ya desvelado y se dijo que le convendría tomar un poco de café. Cuando se disponía a llenar la cafetera, vio algo en el suelo.

Agachándose, recogió aquel objeto con dos dedos y lo contempló críticamente durante unos segundos. Era un minúsculo trocito de cable conductor, cortado, evidentemente, con una herramienta apropiada. Acucillado, estuvo así unos momentos.

De pronto, estiró la mano y abrió el horno.

La frente se le inundó en el acto de sudor frío. Sintió mareos y vértigos al pensar en lo que le podía haber sucedido, si hubiese puesto el agua a calentar.

La cocina era de encendido automático, por electricidad. Si la hubiera encendido, la corriente se habría transmitido al fulminante de uno de los cuatro cartuchos de dinamita que en un paquete, estaban en el fondo del horno. Notó que las fuerzas le fallaban y tuvo que sentarse sobre las frías baldosas de la cocina.

Al cabo de unos momentos, se sintió mejor. Lo primero que hizo fue desconectar la corriente. Luego pudo retirar la dinamita sin problemas.

Aquella noche ya no pudo dormir, preguntándose una y otra vez quién había intentado asesinarle. Por la mañana, de una forma inesperada, tuvo la respuesta.

McNulty le llamó por teléfono.

—Tengo noticias para ti y no son buenas —dijo.

—Estoy dispuesto a escuchar cualquier cosa mala que tengas que decirme —contestó Barsom—. Suéltalo, Vic.

—Conseguiste que la Policía detuviese a Farrill. Bien, hay unos cuantos tipos que han jurado quitarte de en medio. No pueden consentir que uno de los suyos vaya a parar a la cárcel, sin «apiolar» al culpable.

—Pero ¿qué estás diciendo...?

—Me enteré anoche... bueno, a la madrugada. Es una especie de sociedad de asesinos a sueldo... No compiten entre sí, pero hicieron una especie de juramento...

—¿Quieres decir que hay una «mutua» del crimen?

—Exactamente, Bruce. Abre bien los ojos; es todo lo que puedo decirte.

—Gracias, Vic. Eso lo explica todo. Anoche, un tipo me puso cuatro cartuchos de dinamita en la cocina. Si llego a encenderla,

habría volado en pedazos.

—No han perdido el tiempo —comentó McNulty—. Bueno, ya estás advertido...

—Vic, ¿no podrás conseguir nombres? —preguntó Barsom—. Te pagaré bien. El dinero no importa, ¿comprendes?

—Lo intentaré.

—Vic, ¿te parece bien mil dólares? Los dejaré en un sobre, en el bar donde solemos vernos.

—De acuerdo.

—Gasta lo que sea preciso y pídemme más, si es necesario. No regatees, por favor.

—Está bien. Te llamaré apenas tenga más noticias.

Barsom colgó el teléfono, consternado. Una «mutua» del crimen, pensó.

Levantó sus manos al cielo.

—Es lo que me faltaba por ver en este cochino mundo —clamó.

CAPÍTULO V

La mujer era alta, de formas generosas y mirada experta. Sonrió cortésmente a su visitante y dijo:

—¿En qué puedo servirle, amigo mío?

—Busco distracción —contestó Barsom—. Sé que aquí pueden proporcionármela, señora Clayton.

Ella le miró durante un segundo.

—¿Quién le dio la dirección de mi casa? —preguntó.

—Un amigo. ¿Para qué citar nombres? Me dijo que lo había pasado muy bien y me puso los dientes tan largos, que no me ha quedado otro remedio que venir a comprobar personalmente si lo pasó tan bien como asegura. Pero al verla al usted, estoy seguro de que no me mintió.

Rhoda Clayton sonrió, evidentemente halagada.

—Temo que su amigo sea un poco exagerado —contestó—. Pero, me parece, la hora es un poco temprana.

—¿Considera temprano las once y media de la mañana?

—Es que... verá, las... azafatas están descansando... ¿Por qué no viene a partir de las cuatro de la tarde, por ejemplo? Hay mucho y muy bueno para elegir, señor...

—Bruce, llámeme simplemente así.

—Está bien, Bruce. En mi opinión, debiera volver a partir de la hora indicada. Entonces podré complacerle...

—Lo siento, pero tengo ciertas urgencias que me impiden esperar tanto. —Barsom contempló penetrantemente a la mujer—. Perdóne la franqueza, pero tengo la seguridad de una manera absoluta que usted puede sustituir perfectamente a cualquiera de sus «azafatas». Incluso las ganaría a todas juntas, si todas se pudieran fundir en una sola.

Rhoda se echó a reír.

—Tan exagerado como su amigo —contestó.

Barsom sacó un impresionante rollo de billetes.

—El dinero proporciona la felicidad, aunque algunos estúpidos digan lo contrario —expresó alegremente—. Bien. ¿Cuál es su respuesta, Rhoda?

Suavemente, ella le quitó el rollo de billetes y separó cinco de cien, que guardó en su magnífico escote.

—Sígame, Bruce.

Barsom sonrió para sí. Rhoda le condujo al piso superior de la lujosa residencia de Chestnut Avenue. Era un prostíbulo de lujo, y el joven se preguntó qué tendría que ver la propietaria con el portafolios de Drury.

¿Propietaria? ¿O simplemente directora?

Rhoda abrió la puerta de un dormitorio y penetró en su interior. Había, en realidad, dos habitaciones: una especie de salita, destinada a la conversación, y el dormitorio propiamente dicho, decorado con un lujo increíble.

El dinero fue a parar al cajón de una consola. Luego, Rhoda se volvió y tendió los brazos al joven.

—Ven —susurró.

Era una mujer muy hermosa, pero Barsom no supo portarse adecuadamente. Por más que se esforzaba, tenía la mente en otro sitio: la dinamita en el horno de la cocina, los gestos, palabras y actitudes de Rhoda, harto profesionales; el «trust» de asesinos...

Al cabo de pocos minutos, Rhoda, desnuda, se incorporó sobre un codo y le miró sorprendida.

—A ti te pasa algo —dijo.

—No me encuentro muy bien en estos tiempos —se disculpó Barsom—. Demasiado trabajo, demasiados nervios... Eso no es bueno, hermosa.

—Lo siento por ti, Bruce.

—No te preocupes. Creo que me conviene visitar a un médico.

Barsom abandonó la cama. Rhoda fue al cuarto de baño.

El joven se vistió rápidamente. Luego, mientras oía el ruido de los grifos abiertos en el baño, concibió una idea.

Rhoda le había llevado a su propio dormitorio. Se acercó al armario ropero y abrió una de las puertas.

El portafolios apareció de inmediato ante sus ojos. Barsom no se lo pensó dos veces; con él en la mano, corrió de puntillas hacia la puerta, abrió y se lanzó a todo correr escaleras abajo.

Había resultado más fácil de lo que parecía, pensó, ignorante de que, en aquellos momentos, Rhoda, asomada a la puerta del baño, sonreía de un modo muy extraño.

Un cuarto de hora más tarde, detuvo el coche junto a una cabina telefónica. Saltó al suelo, entró en la cabina, puso una moneda en la ranura y marcó un número.

Alma le contestó a los pocos instantes.

—¿Sí?

—Hola. Soy Barsom. Tengo que darle una buena noticia, señorita Drury.

—Bueno, ya era hora de respirar un poco. Adivino que ha rescatado el portafolios.

—Efectivamente, lo tengo en...

Barsom se interrumpió para lanzar una tremenda imprecación.

—¡Maldito! —aulló—. ¡Deja esa cartera ahí... déjala, hijo de puta...!

—¡Bruce! ¿Qué le ocurre? —gritó la joven.

Un coche se había detenido junto al de Barsom, y tras una rápida observación, uno de sus ocupantes se había apeado, apoderándose del portafolios con enorme rapidez. El ladrón volvió al coche, que arrancó de inmediato, conducido por su compinche.

Maldiciéndose por su imprevisión, Barsom, sin molestarse siquiera en colgar el teléfono en la horquilla, salió de la cabina y montó nuevamente en su automóvil, al que hizo arrancar inmediatamente.

Mientras aceleraba a fondo, insultó mentalmente al autor del robo.

Eran dos ladronzuelos vulgares, dos maleantes de tres al cuarto, quienes, seguramente, también viajaban en un coche robado. Andarían por ahí a la caza de bolsos de mujeres descuidadas y de objetos de valor abandonados en los coches estacionados.

Como el portafolios, masculló mientras se daba cuenta de que, palmo a palmo, iba ganando terreno al coche de los ladrones.

De repente, ocurrió algo extraño.

El techo del automóvil de los ladrones voló por los aires,

proyectado por una enorme llamarada. Un cuerpo humano salió despedido a través de la portezuela izquierda, violentamente abierta, a la vez que se escuchaba una atronadora explosión.

Fragmentos del coche volaron en todas direcciones. Los restos del vehículo que aún continuaban unidos, comenzaron a arder inmediatamente.

Barsom contempló la escena desde unos cien metros escasos de distancia y tuvo el tiempo justo para frenar. Luego, sin más dilación, y mientras algunos curiosos corrían despavoridos en todas direcciones, viró en redondo y regresó a la cabina desde la que había telefoneado a Alma Drury.

El teléfono continuaba colgado del cable.

Levantó el aparato hasta su oído, llamó a la muchacha y, al observar que ella no contestaba, volvió a marcar nuevamente su número.

Alma contestó de inmediato:

—Bruce, ¿por qué se marchó? —preguntó ansiosamente—. ¿Puedo saber lo ocurrido?

Barsom sacó un pañuelo y se limpió el abundante sudor que corría por su frente.

—Estoy vivo de milagro. El portafolios era una trampa.

—¿Cómo dice?

—Lo que oye. Mientras la telefoneaba a usted...

Explicó sucintamente lo ocurrido. Alma se sentía atónita.

—Pero ¿por qué? —preguntó—. ¿Cómo han podido hacer eso?

—No estoy todavía muy seguro, pero se lo explicaré con más detalle el próximo domingo. Si es que aún vivo para entonces, claro.

—Bruce, no me asuste —rogó ella.

—La cosa es mucho más seria de lo que parece —respondió Barsom—. Otra cosa, si me llama a mi casa y no le contesto, no se alarme; creo que voy a mudarme ahora unos cuantos días, hasta que se haya pasado este peligro.

—Pero ¿tan mal están las cosas?

—Para mí, horriblemente mal —le contestó el joven.

Y colgó el teléfono.

Fuera de la cabina, permaneció unos instantes quieto, irresoluto, sin saber qué hacer. A lo lejos, se oía el estruendo de las sirenas. Una humareda negra, aceitosa, subía a lo alto.

—Esos bastardos ya no robarán a nadie más —dijo entre dientes.

Y, de súbito, recordó que tenía que dejar algo en un sitio para su confidente McNulty.

CAPÍTULO VI

Vic McNulty consultó su reloj, torció el gesto y apuró el resto de licor que quedaba en su vaso.

—Matt, se me hace tarde —dijo—. No puedo entretenerme más. Cuando venga Barsom, dale este sobre. Te dejaré otro para mí. Guárdamelo, ya vendré a recogerlo.

El barman asintió.

—Vete tranquilo, Vic —contestó.

McNulty dejó una buena propina sobre el mostrador. Sacó un paquete de tabaco, se colgó un cigarrillo de la boca, y con aire negligente, se encaminó hacia la calle.

Al salir del bar, se paró un instante en la acera para encender el pitillo... Cuando acercaba la llama del encendedor al extremo del cigarrillo, vio la pistola que le apuntaba desde cuatro pasos de distancia.

El terror le inmovilizó tan absolutamente, que no supo cambiar de postura. La pistola asomaba apenas por la ventanilla del coche parado junto a la acera. Detrás había un rostro blanquecino con los ojos cubiertos por unas grandes gafas de color.

El arma tenía silenciador, y por eso nadie oyó el primer disparo, que perforó el pecho del confidente. McNulty se estremeció como si le hubiesen asestado un puñetazo.

El segundo disparo entró por debajo de su pómulo izquierdo. McNulty se puso de puntillas unos instantes y luego giró sobre sí mismo, en un macabro paso de baile.

Los transeúntes que circulaban por allí en aquellos momentos no se habían dado cuenta de nada y le miraron con curiosidad. Cuando McNulty cayó sobre la acera, manchándola con su sangre, una mujer empezó a chillar.

Barsom llegó al local en donde solía entrevistarse con el confidente y observó cierto jaleo. Discreto, se deslizó junto a la pared y entró en el bar.

El dueño le miró desde el mostrador.

—Llegas tarde —dijo.

Barsom frunció el ceño.

—¿Qué sucede, Matt?

—McNulty. Lo han asesinado en la puerta de mi local.

Barsom sintió en el estómago una especie de golpe.

—¡Oh, no! —murmuró.

—Aún no hace cinco minutos que se han llevado su cadáver.

Bruce, tengo algo para ti.

El barman metió la mano dentro del mostrador y sacó un sobre.

—Vic dijo que te lo entregara. Tú tenías que darme un sobre para él, pero, supongo, ya no será necesario.

Barsom asintió en silencio. De pronto, recordó algo.

—Vic estaba casado, me parece.

—Sí, está casado.

—Le daré el sobre a su viuda. Gracias, Matt.

—Bruce, voy a pedirte un favor —dijo el dueño del local.

—Con mucho gusto. ¿De qué se trata, Matt?

—¡No vuelvas más por aquí!

Hubo un momento de silencio. Barsom tenía la vista fija en el dueño del local. Era evidente, pensó, que Matt no quería compromisos.

Asintió.

—Adiós, Matt.

—Hasta nunca —dijo el otro.

Barsom entró en su coche y se alejó, con el ánimo preso de sombríos presentimientos. «En menudo jaleo me he metido», dijo. ¿Por qué se le había ocurrido aceptar el encargo de Alma?

La cosa venía ya de lejos, desde el momento en que presencié el asesinato de Drury. «No, desde que se me ocurrió inscribirme en las malditas páginas amarillas».

Si no lo hubiera hecho, no habría conocido a Winnie Broxhull, porque no habría sido contratado para pasear a su chuchito. Por

tanto, Winnie no le habría recomendado a Alma y...

Sacudió la cabeza. Era inútil pensar en lo que no había pasado, porque, le gustase o no, tenía que ajustar su conducta a lo que «sí» había pasado. Y a lo que podía suceder.

De pronto, recordó a Gloria Land. Todavía no había profundizado en su conocimiento. Debería intentarlo, pero era ya sábado, y estaría pasando el fin de semana en alguna parte. Por otro lado, debía pensar en el modo mejor de volver a entrevistarse con Rhoda Clayton. Era evidente que la hermosa directora del prostíbulo estaba metida hasta el cuello en el asunto.

Y no debía olvidar tampoco a Dinkley del que, hasta el momento, y pese a las gestiones realizadas, no había podido averiguar su paradero.

Un cuarto de hora más tarde, detuvo el coche en un lugar discreto, sacó el sobre, lo abrió y extrajo de su interior media cuartilla, en la que había dos nombres.

McNulty había añadido una nota a continuación: «Es todo lo que he podido averiguar. No sé dónde viven, pero puedes localizarlos por la guía telefónica».

* * *

Regresó a su casa. Antes de entrar, exploró la vecindad, para evitar sorpresas poco agradables. Cerró bien el coche y luego cruzó con paso rápido el espacio cubierto de césped. Una vez en la casa, buscó una maleta, metió algo de ropa y luego se dispuso a salir nuevamente. Aquella noche dormiría en un hotel.

De pronto, sonó el teléfono. Barsom dudó unos instantes y luego retrocedió y levantó el aparato.

—¿Sí?

—¿Barsom? —dijo una voz de tonos engolados.

—El mismo. ¿Quién es?

—Perdone que no le diga mi nombre por el momento. He visto que se anuncia en las páginas amarillas de la guía.

—Sí, en efecto.

—El anuncio dice: «Toda clase de servicios».

—Así es.

—Bien, yo necesito de usted y estoy dispuesto a pagar hasta

doce mil dólares por sus... «servicios».

Barsom se puso rígido. Aquel tipo, ¿quería contratarle para un asesinato?

—Lo siento, pero temo que me va a ser imposible. En este momento salgo de viaje para Europa. El médico me recomendó un cambio de aires, ¿comprende?

—¡Oh...! Lo siento, señor Barsom.

—No se preocupe. Gracias, de todos modos.

Barsom colgó el teléfono y se tiró preocupadamente del labio inferior. Luego, de repente, y como obedeciendo a una inspiración, dejó la maleta en el suelo y buscó el tomo de la guía telefónica correspondiente a las páginas amarillas.

Un minuto más tarde, hacía un descubrimiento que estuvo a punto de causarle un ataque al corazón.

* * *

—Y eso es todo lo que hay —dijo Barsom el domingo por la mañana, mientras paseaba junto a Alma, bajo el frondoso emparrado que había adosado a uno de los costados de la casa.

—Es increíble —exclamó la muchacha, después de conocer la verdad—. Los asesinos se anuncian en la guía telefónica.

—Así es. El uno pone «Servicios generales», y el otro dice: «Toda clase de asuntos». A mí se me ocurrió anunciarme con «Toda clase de servicios» y por eso un tipo quería contratarme por doce mil dólares para eliminar a alguien que le estorba.

Alma se pasó una mano por la frente.

—Todo eso parece una fábula, aunque, desagradablemente, resulta cierto. De modo que quieren quitarle de en medio...

—Así es. La «mutua» de los asesinos, por lo visto, no perdona que yo enviase a la cárcel a uno de sus miembros. Por dos veces he escapado a la muerte; espero seguir con tan buena fortuna en lo sucesivo.

—¿Cree que Rhoda Clayton tiene algo que ver con el asunto?

—Estoy seguro de ello. No me cabe la menor duda de que ella esperaba que yo fuese a verla un día u otro, sobre todo, después de enterarse de que había estado con Farrill. Éste cerró el pico ante los policías, pero Rhoda y sus amigos se dieron cuenta de que yo no

tenía que sujetarme a reglas estrictas y que le habría obligado a hablar. Por tanto, prepararon la trampa del portafolios.

—Sin duda, pensaban que lo abriría, para comprobar que estaban los documentos.

—Eso debieron de calcular —convino Barsom—. De todos modos, conozco dos nombres. Iré a visitarlos.

Alma se asustó.

—¿Lo cree necesario?

—Alguien dijo una vez que la mejor defensa es un buen ataque. Ellos mataron a un excelente amigo mío, pero no saben si tuvo tiempo de informarme. Espero darles una sorpresa.

Barsom se interrumpió un segundo y añadió:

—Naturalmente, sin prejuicio de seguir buscando el portafolios.

—Ellos lo tendrán ya en su poder —dijo Alma, desalentada.

—Hice un favor a Gloria Land —sonrió él—. Es probable que consiga algo por este lado.

—¿Qué favor, Bruce?

Barsom le relató el truco que había empleado para entrar en contacto con Gloria. Alma dijo:

—Phil Hoster es el verdadero cerebro del asunto.

—Sí, pero a él no puedo intentar conquistarle.

Alma sonrió.

—De modo que ése es su plan.

—Con Rhoda, empleé el dinero, porque es una profesional. No puedo hacer lo mismo con Gloria.

De pronto, una mujer de mediana edad salió de la casa. Era la esposa del encargado de la granja.

—Señorita, acabo de matar el pollo. Lo tendré dentro de hora y media —anunció—. Martin ha preparado ya los caballos, como me dijo.

—¿Caballos? —se sorprendió Barsom.

—Sí —contestó Alma—. Me gusta dar un paseo a caballo siempre que puedo. Pensé que usted no tendría inconveniente en acompañarme.

—Bueno, he montado alguna vez, en excursiones de recreo, pero no soy lo que se dice un experto jinete...

—Bastará con que sepa mantenerse sobre la silla —sonrió la muchacha—. Adela, estaremos de vuelta para la hora del almuerzo.

—Muy bien, señorita.

El encargado vino con los caballos de las riendas.

Alma vestía camisa a cuadros y pantalones vaqueros. Tenía un aspecto radiante, observó Barsom, quien se quitó la chaqueta y aceptó el sombrero que le ofrecía el empleado.

—Iremos hasta el río —dijo la muchacha—. Sólo son dos millas escasas. Ya verá, es un paraje maravilloso. Muchas veces voy allí para bañarme.

—Sin ropa, me imagino —sonrió Barsom.

—Depende.

—¿De qué?

—Si voy sola...

Alma no concluyó la frase. Picó espuelas y su caballo salió al trote.

Barsom la siguió.

En los primeros momentos, tuvo ciertas dificultades para mantenerse en la silla, pero no tardó en recordar pasadas experiencias, y pudo cabalgar sin excesivas dificultades.

Momentos después, Alma extendió un brazo.

—Éstos son los límites de mi granja —señaló—. A partir de aquí, todo lo demás es campo abierto.

—¿Sin dueño?

—¡Oh, no! Hay un propietario y estoy pensando en comprarle un buen trozo, para ampliar la granja. Pero no sé cuándo podré hacerlo; todos estos sucesos han trastornado mis proyectos.

Barsom detuvo su caballo. Alma lo notó, hizo lo mismo y se volvió para mirarle.

—¿Qué le ocurre, Bruce?

—Alma, dispense, pero hay algo que me cuesta comprender. Usted es una joven muy hermosa, no es adulación, usted lo sabe bien... Además, tiene dinero... Su salud es magnífica... En suma, tiene todo lo que envidiaría una mujer de su edad. ¿Cómo es posible que quiera usted enclaustrarse en estos parajes?

—Las personas tienen sus gustos —respondió ella sosegadamente—. Me agrada la vida al aire libre y detesto profundamente la agitación de la vida de negocios y el continuo movimiento de la gran urbe. Aquí se trabaja intensamente, pero se descansa con absoluta placidez. Ciertamente, hay preocupaciones,

las propias de una granja. Pero no se pueden comparar ni de lejos con los disgustos que puede causar un negocio. Además, me gusta la vida al aire libre... y por otra parte, sólo estamos a veinte millas escasas de la ciudad. Puedo ir siempre que quiera...

—Basta, no siga —rió él—. Será mejor que continuemos el paseo.

Alma asintió, sonriendo. A los pocos momentos, divisaron la línea de árboles que señalaba una de las orillas del río.

—Por ahí pasa en una especie de hondonada —explicó la muchacha—. Frente a nosotros tenemos un cortado de cinco o seis metros, pero iremos por un sendero que nos permitirá alcanzar la orilla sin dificultades.

De repente, un extraño sonido quebró la apacible quietud del ambiente.

Barsom volvió la cabeza y divisó una especie de insecto.

CAPÍTULO VII

Alma se volvió también.

—¿Qué hace ese helicóptero por aquí? —exclamó.

La máquina volaba rectamente hacia aquel punto. De súbito, Barsom se notó atacado por un oscuro presentimiento.

—Alma, me parece que vamos a tener dificultades.

—¿Cómo?

El ruido del helicóptero era cada vez más intenso. En menos de treinta segundos, alcanzó a la pareja y su piloto le hizo dar una vuelta por encima de ellos y a menos de veinte metros de altura.

Los caballos empezaron a sentirse inquietos. Repentinamente, el helicóptero arremetió en línea recta hacia los dos caballistas.

Por encima del ruido del motor, se oyó otro muy distinto, rítmico y muy rápido. Morbosamente fascinado, Barsom vio la hilera de chorritos de polvo que se levantaban velocísimamente a corta distancia de las patas de los caballos.

Inmediatamente, comprendió lo que sucedía.

—¡Alma, nos atacan! —gritó.

La joven reaccionó de inmediato.

—¡Sígame, Bruce! —exclamó, a la vez que taloneaba furiosamente a su montura.

El animal arrancó a todo galope. El caballo de Barsom siguió a su congénere. Barsom tuvo que agarrarse al pomo de la silla con ambas manos, para evitar ser desmontado.

El helicóptero se había alejado, pero, tras describir un ceñido viraje, volvía a la carga. Alma le hizo una señal con la mano y el joven comprendió. Debían separarse un tanto, para dificultar la puntería del ametrallador.

Barsom volvió la cabeza un instante. Ahora ya se sostenía bien

en la silla. Cuando vio que la máquina voladora caía sobre él, tiró de las riendas a su izquierda y la ráfaga se hundió inofensivamente en la tierra.

Alma lanzó un poderoso grito:

—¡Por aquí, Bruce! ¡Venga conmigo!

Barsom la siguió. De pronto, estupefacto, vio que la muchacha, sin refrenar un instante la carrera de su caballo, se dirigía en línea recta hacia el cortado que daba al río.

En un instante comprendió sus intenciones. Maldijo entre dientes. «Esto parece una película de aventuras de los años veinte», se dijo.

Dudó un segundo, pero la vista del helicóptero, cuyo piloto se disponía a dar una nueva pasada, le hizo decidirse en el acto. El caballo que montaba Alma saltaba ya.

Barsom se preparó para lo inevitable. Gritó frenéticamente y su montura aceleró aún más la marcha. De pronto, hombre y bestia se encontraron en el aire.

El instinto le dijo a Barsom que debía sacar los pies del estribo. Un segundo después, se sumergió en las verdosas aguas del río, de mansa corriente en aquellos parajes.

Emergió, pateando furiosamente. La cabeza de Alma, con los cabellos pegados a las sienes, apareció a pocos metros de distancia.

—¿Se encuentra bien, Bruce?

Barsom asintió. Ella movió una mano.

—Venga —llamó.

Alma nadó hasta la base del cortado y alcanzó una pequeña oquedad. Barsom se dio cuenta de que podía hacer pie en aquel punto. Pero, aun así, no era un escondite demasiado satisfactorio.

Los caballos, a nado, habían alcanzado la orilla y se alejaban en busca de la querencia de los establos. De momento, estaban salvados, pensó Barsom, pero aún no podían cantar victoria.

El helicóptero zumbó por encima de ellos. Se sumergieron en el agua y permanecieron así hasta que les faltó la respiración. Entonces, al sacar la cabeza nuevamente, Barsom vio algo que le hizo sentirse profundamente preocupado.

El talud acababa a unos veinte metros de distancia, en una especie de playa guijarrosa de bastante amplitud, contorneada por árboles en semicírculo. Por encima de sus cabezas, había un

pequeño saliente, como una cornisa, que quedaba escasamente a un metro del nivel de las aguas y que se ensanchaba a partir de aquel lugar, hasta confundirse con el trozo relativamente llano de la playa.

Y el helicóptero, diestramente pilotado, se disponía a aterrizar en aquel trozo despejado.

* * *

—No desisten de cazarnos —dijo Barsom, con el mentón a ras del agua—. Pueden llegar hasta aquí y acribillarnos a balazos.

Alma le miró aprensivamente.

—¿Qué podemos hacer, Bruce? —preguntó.

El insecto mecánico acababa de posarse en tierra firme. Instantes después, un hombre saltaba al suelo.

—Cuidado, que no nos vea —dijo él.

El piloto continuaba en su sitio. Barsom vio que el hombre que se había apeado empuñaba una pistola ametralladora. Ya se había parado el motor del helicóptero y las voces de los dos sujetos podían escucharse con toda claridad.

—Tienen que estar por aquí —dijo el de la ametralladora—. Los caballos usaron esta playa para salir. Ellos se habrán escondido entre las hierbas. Voy a ver si los saco de su refugio. Si ves algo, avísame.

—Descuida —contestó el piloto.

Barsom apreció que la distancia al helicóptero no era superior a los cuarenta metros. En el lugar en que se hallaban, el agua les llegaba escasamente al pecho, por lo que debían mantenerse agachados para no ser vistos. Pero no era una situación que pudiera mantenerse indefinidamente.

Desde la cornisa, el ametrallador no podía disparar contra ellos, pero si les localizaba, volvería al helicóptero y los acribillaría situándose enfrente, junto a la ribera opuesta. Era preciso hacer algo... pero no tenía más que sus manos.

De pronto, oyeron pasos.

—Cuidado, ahí viene —susurró el joven.

Alma se aplastó contra la pared de la oquedad, cuyo techo apenas si bastaba para ocultarles. Barsom permaneció quieto, con

los nervios en tensión. Sobre todo, no debían ser vistos, se dijo.

Lentamente, el hombre de la ametralladora caminó por la cornisa. Al cabo de unos momentos, se volvió y gritó:

—¡Aquí no están!

—Sigue un poco más —indicó el piloto.

El pistolero avanzó media docena de pasos más. Barsom oyó el sonido por encima de su cabeza.

La cornisa quedaba a un metro escaso. De pronto, tomó impulso, saltó hacia arriba y asió los tobillos del sujeto.

El pistolero gritó. Trató de echarse hacia atrás y manoteó desesperadamente, soltando el arma de forma instintiva. Pero Barsom pudo más y acabó por arrojarlo al agua.

Un enorme chapoteo se produjo por la caída del sujeto. Barsom no perdió el tiempo; saltó de nuevo y, aferrándose a la cornisa con ambas manos, se izó a pulso.

Con los ojos al nivel del saliente, pudo ver la ametralladora. Terminó la maniobra y saltó a la cornisa, apoderándose del arma inmediatamente.

El piloto del helicóptero saltaba al suelo en aquellos instantes, armado con un fusil. Apuntó al joven y disparó.

La detonación sonó ruidosamente. El proyectil levantó esquirlas de roca por encima de la cabeza de Barsom, provocando una serie de chillidos estremecedores. Barsom, arrodillado, tomó puntería.

El piloto recargaba el arma en aquellos instantes. Barsom apretó el gatillo.

Un interminable chorro de balas alcanzó de lleno al piloto, haciéndole retroceder con indescriptible violencia. El hombre abrió los brazos y lanzó el fusil a lo lejos. Casi en el mismo instante, se oyó un sordo rebufo.

De pronto, Barsom captó la voz de la muchacha que sonaba angustiadamente.

—¡Bruce!

El joven se volvió. Alma forcejeaba con el otro pistolero, quien, agarrándola por los cabellos, quería meterle la cabeza bajo el agua. Barsom se arrodilló, agarró la metralleta por el cañón y descargó un tremendo culatazo en el cráneo del sujeto.

El golpe produjo un trueno espantoso. Barsom se asustó, pero no tardó en darse cuenta de que aquel fragor se debía al estallido del

tanque de combustible del helicóptero, que empezó a arder furiosamente de inmediato. Olvidándose del incendio, encontró a la muchacha.

—Alma, deme una mano.

Ella obedeció. Barsom la izó a pulso hasta la cornisa. Alma se dejó caer, empapada, sin aliento.

El otro pistolero había desaparecido. De pronto, Barsom lo vio entre dos aguas.

—Voy a ver si lo rescato —dijo.

Saltó al río, agarró al pistolero por los cabellos con una mano y luego nadó hasta la playa. Alma, un tanto recuperada, les siguió por la tierra. Fuera del río, Barsom se sentó en el suelo, jadeante, con los pulmones a punto de estallar.

El pistolero yacía inmóvil, con los ojos cerrados. Barsom puso una mano en su pecho.

—Está sin conocimiento; ya se recuperará —dijo.

Del helicóptero que ardía llegaban diversos olores. Había uno, muy desagradable: olor a carne quemada.

Lentamente, Alma se dejó caer de rodillas, sentándose sobre los talones. Con las manos en los muslos, miró sonriendo al joven.

—Bruce, nos hemos salvado de una buena —dijo.

Barsom hizo una mueca.

—Temo que vamos a tener complicaciones —manifestó—. ¿Qué diremos a la Policía?

—Podríamos mencionar un intento de secuestro. Usted es mi guardaespaldas y lo evitó.

—No es mala idea —admitió Barsom.

Luego miró al pistolero inconsciente. Se acercó a él y hurgó en sus bolsillos. No tardó en conocer su nombre, por la documentación personal.

—Es uno de los nombres que mencionó el pobre McNulty —dijo al cabo—. Cuando despierte, le preguntaremos quién era el piloto.

—Suponiendo que quiera contestar.

Barsom se levantó. Volvió a la cornisa, recobró la pistola ametralladora, comprobó que aún quedaban unos cuantos cartuchos en el cargador y regresó junto a la muchacha.

—Hablará —afirmó.

El prisionero despertó minutos más tarde, quejándose del golpe

recibido en la cabeza. Sus quejas cesaron, sin embargo, apenas vio el arma que le apuntaba directamente al cuerpo.

—Nash McLean —dijo Barsom amenazadoramente—, su compañero ha muerto. Usted puede seguir su camino; sabe de sobras que no me pasaría nada si le metiese unas cuantas balas en el cuerpo. Puede elegir entre seguir vivo o irse al infierno. No hay más alternativas.

McLean le miró despreciativamente.

—Dispare, si quiere —contestó—. ¿Cree que eso le libraré de morir?

—Ya sé que hay una «mutua» de asesinos, pero, por todos los diablos, ¿qué les he hecho yo a ustedes? Si capturé a Farrill, fue porque me pagaron...

—Llegamos a pensar que era uno de los nuestros —dijo McLean—. Las páginas amarillas, ¿sabe?

—Conque era eso —murmuró el joven.

El asesino volvió a sonreír, sin abandonar su expresión desdeñosa.

—Ahora me detendrán, lo sé; pero saldré muy pronto. Quizá, como ya me conoce, pueda evitarme, pero hay otros que también le están buscando. No podrá con todos, Barsom.

El joven fue a decir algo, pero se contuvo. Movi6 la metralleta y orden6:

—Nash, póngase en pie, con las manos sobre la cabeza. Va a caminar delante de nosotros y tenga en cuenta una cosa; al menor movimiento sospechoso que haga, le partiré en dos. ¿Entendido?

McLean escupió a un lado.

—No tema, no me resistiré —contestó tranquilamente.

Aquella noche, cuando todos los jaleos hubieron cesado y la calma hubo vuelto a la granja, Alma hizo una pregunta al joven:

—Y ahora, Bruce, ¿qué piensa hacer? Me siento llena de temor, por lo que le pueda pasar. Hay unos cuantos individuos que quieren matarle... y no podrá defenderse de todos.

Bruce se levantó y volvió a poco con un pesado libraco en las manos.

—Esos tipos son muy listos, pero cometieron un terrible error. Creyeron que podrían mantenerse bajo una capa de discreción, pero no contaron con que un día podría descubrirse el pastel.

—Piensa buscar todos los que se anuncian como ofertantes de «Servicios generales» —adivinó ella.

Barsom abrió la guía de hojas amarillas y apoyó en ella las dos manos.

—Todos, menos uno —dijo—. Adivine su nombre.

—Burgess Devine.

—Exactamente —corroboró Barsom.

CAPÍTULO VIII

Barsom desapareció durante una semana. Ni siquiera Alma llegó a saber dónde se había escondido.

Al cabo de ese tiempo, Barsom se hizo visible de nuevo. Era de noche cuando requirió los servicios del «Manco». Cass le abrió la puerta deseada y luego se marchó, con cien dólares en el bolsillo.

El joven se sentó a esperar en las tinieblas. Una hora más tarde, oyó el ruido de la llave en la cerradura.

La puerta se abrió al fin. El ocupante del apartamento dio un paso hacia adelante, y de pronto, tropezó con algo y cayó de bruces sobre el pavimento.

Barsom soltó una risita. Burgess Devine gruñó. Cuando iba a levantarse, sintió un tremendo golpe en la cabeza y perdió el conocimiento.

A continuación, Barsom quitó el alambre que había puesto en la entrada. Luego se ocupó del asesino.

Devine despertó minutos más tarde y se encontró atado a un sillón. Barsom había encendido ya las luces. Al ver los ojos del sujeto, comprendió que se hallaba ante un enemigo mucho más duro que cualquiera de los que se había enfrentado anteriormente.

—Me ha cazado, Barsom —dijo el asesino.

—No lo esperaba, ¿verdad? —sonrió el joven.

—Sabía que estaba escondido. Le busqué, pero no podía dar con usted. ¿Dónde se metió?

—¿Importa eso ahora? Lo interesante es eliminar la amenaza que pesa sobre mí.

—No lo conseguirá.

—Oh, sí, la eliminaré. Todos los miembros de la «mutua» están ya en la cárcel. La Policía detuvo a algunos inocentes, pero sus

redes no dejaron filtrar a los culpables. Hay muchos crímenes sin resolver y lo difícil es encontrar el cabo del hilo que permite desenrollar el ovillo. Lo demás es fácil; tarde o temprano, se llega al meollo del asunto.

—Me siento admirado —confesó Devine. Era joven todavía, poco más de treinta años, pero de rostro pétreo y ojos que parecían trozos de hielo—. Bueno, me ha cazado. ¿Qué piensa hacer conmigo?

—Le haré unas cuantas preguntas. Luego, seguirá el camino de Farrill.

—¿Está seguro?

—Devine, a usted no puedo amedrentarle como hice con Farrill. Tendré que buscar otro procedimiento mejor.

—No pienso hablar, aunque me arranque la piel a tiras —declaró el asesino firmemente.

—Ya lo creo que hablará. Puede que le cueste tiempo, pero hablará. ¿Sabe? He alquilado una casa lejos de la ciudad. Me dediqué a buscar la apropiada durante todos estos días. Esa casa tiene un sótano a prueba de bombas. Para hablar claro, es un refugio antiatómico. El dueño se encontró en apuros un día y la vendió a una empresa que se dedica al alquiler de casas de recreo. Estaremos aquí hasta la madrugada, y le sacaré narcotizado. Luego le llevaré al sótano y le dejaré... digamos ocho días, atado de pies y manos, cerrado a cal y canto. Ayunará y pasará sed. Un hombre puede aguantar sin comer ni beber una semana... pero los tormentos se hacen insufribles, sobre todo si, además, no hay luz ni llegan ruidos de ninguna clase. Se pierde la noción del tiempo y del espacio, la mente empieza a flaquear...

La barbilla de Devine empezó a temblar.

—Usted... sería capaz de hacer una cosa semejante...

Impasible, Barsom sacó una cajita y la puso sobre la mesa. Después de abrirla, extrajo una jeringuilla de inyecciones, que cargó con el líquido contenido en la ampolla.

Levantó la jeringuilla y movió el émbolo, hasta expulsar el aire por completo. Luego, con la aguja todavía en alto, miró a Devine.

—Si piensa que es una fanfarronada, cierre el pico. Cuando despierte, estará en el sótano y no me verá hasta dentro de ocho días —hizo una corta pausa y añadió—: Usted tiene la palabra.

Devine emitió un reniego.

—Maldita sea, ¿qué piensa hacer después?

—Lo mismo que hice con Farrill: entregarle a la Policía. Ya le sacarán los trapos sucios. Pero imagínese que me ocurre algo, mientras está encerrado. Aunque no muriese, aunque sólo fuese al hospital una temporada... Los días pasarían y usted moriría lentamente de hambre y de sed. Y una vez que yo supiese que ha muerto, ya no volvería por allí jamás. Alquilé la casa por dos años... Al finalizar ese plazo, encontrarían sus huesos, devorados por las ratas... Esos bichitos pasan a través de cualquier orificio y, claro, el sótano tiene conductos de aireación. Es posible, incluso, que le ataquen ya durante la primera semana...

—¡Calle de una vez! —chilló Devine, aterrorizado hasta la médula de los huesos—. Le diré lo que quiera, pero no me lleve a ese maldito sótano.

—Muy bien. Como dije antes, usted tiene la palabra.

Barsom se sentía satisfecho. Había conseguido dar a sus palabras la suficiente expresión de veracidad, para que Devine se tragase la fábula. Ahora lo tenía enteramente a su disposición, y sin necesidad de rozarle un solo cabello.

Devine habló durante unos minutos. Al terminar, lacio, desmadejado, perdida la moral por completo, miró al joven.

—Es suficiente, creo —dijo.

—Aún me faltan un par de preguntas —manifestó Barsom—. ¿Tiene algo que ver con una tal Rhoda Clayton?

—¿La dueña del *Blue Paradise*?

—Sí, la misma.

—Soy cliente suyo, pero ella no lo es mío.

—Rhoda me preparó una trampa explosiva. Quizá lo leyó en los periódicos: dos ladronzuelos murieron destrozados por una explosión.

—Eso es cosa de *Dinamita Joe*. Y no está preso; se negó a entrar en la sociedad.

—*Dinamita Joe*... ¿qué más?

—Evert. No sé dónde vive. Pregúnteselo a Rhoda.

Evert, pensó el joven, era el tipo que le había puesto la dinamita en el horno de la cocina. Lo tendría presente.

—Muy bien, Burgess. Ahora llamaré a la Policía. Te aconsejo

que no menciones mi nombre.

—¿Por qué? —preguntó el asesino.

Barsom estaba ya en la puerta.

—Se reirían mucho de ti. No hay refugio antiatómico ni yo he alquilado una casa en el campo. El líquido de la ampolla era agua destilada. Te consideran un tipo duro. ¿Qué crees tú que dirían si supieran que has hablado sólo gracias a un cuento de miedo?

El asombro impedía hablar a Devine. Barsom cerró la puerta suavemente y se encaminó en busca del ascensor.

La «mutua» de asesinos estaba destruida, pero aún quedaba uno que actuaba independientemente. Sin contar con Dinkley, cuyo paradero seguía siendo desconocido.

* * *

Salía del edificio, cuando, de pronto, tropezó con una cara conocida.

—¡Señor Barsom! —exclamó Gloria Land.

El joven la miró con aire perplejo.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Me conoce usted, señora?

—Pero, hombre, ¿es posible que ya lo haya olvidado? Soy Gloria Land...

—Dispénsame, señora, pero su nombre no me dice nada. En efecto, me llamo Barsom y todavía estoy asombrado de que me conozca una persona a la que jamás he visto en la vida.

—Oiga, no irá a decirme que su memoria es tan mala... Recuerde, hombre, usted impidió que un ladronzuelo me robara el coche... No es por halagarle, pero tiene una cara difícil de olvidar...

Barsom sonrió.

—Me parece que empiezo a comprender la verdad, señora Land —dijo—. Usted, sin duda, se refiere a mi hermano Bruce.

—¿Cómo? ¿Tiene un hermano? ¡El parecido es asombroso! —exclamó Gloria, atónita.

—Lógico, somos gemelos, señora.

Ella le miró críticamente de los pies a la cabeza.

—Parecen calcados... Yo hubiera jurado que...

—Lo que hizo Bruce es muy propio de él —dijo el joven, continuando con la ficción que había inventado—. Le gusta siempre

meterse en jaleos de todas clases. Muchas veces le he dicho que abandone su oficio, pero no me ha hecho caso. Somos gemelos en lo físico, pero las mentes actúan de una forma diametralmente opuesta.

—Bueno, si usted lo dice, así debe ser —contestó Gloria—. Por cierto, aún no sé su nombre...

—Charles. Puede llamarme Charlie, si le parece mejor, señora Land. ¡Ah, una cosa! Hay algo en lo que Bruce y yo coincidimos en apreciar de una manera absolutamente unánime: la belleza femenina. Si hubiera una escala para juzgar la de usted, le asignaría un diez.

Halagada, Gloria sonrió. Barsom creyó llegado el momento de pasar al ataque.

—Soy técnico de exploraciones petrolíferas y he venido a la ciudad por asuntos de mi oficio. Pero también tengo ratos libres. Podría compartir uno de esos ratos con usted, si no hay compromisos que lo impiden.

Gloria rió argentinamente.

—El divorcio libera de cualquier compromiso —respondió—. En este momento, yo tampoco tengo nada que hacer.

Barsom extendió una mano.

—Entonces, ¿por qué no me guía al lugar adecuado donde podamos disfrutar un poco? Si no temiera ofenderla, me permitiría sugerirle mi «suite» del «Majestic», pero...

—Podemos ir a cenar y luego tomar una copa en mi apartamento —dijo ella—. Francamente, me siento fascinada. Nunca había visto una cosa semejante, un parecido tan asombroso...

—Si Bruce y yo nos dedicáramos al robo o al crimen, siempre dispondríamos de una coartada. Pero, claro, cada uno a su manera, somos honrados...

Ella volvió a mirarle. Sus sospechas se disiparon definitivamente.

—Sí, usted es Charlie —dijo.

—¿Cómo se ha convencido de ello? —rió el joven, mientras esperaba a que Gloria abriese la portezuela de su coche.

—Tiene la cara tostada. Eso indica muchas horas al aire libre —contestó ella.

—Es muy observadora —elogió Barsom, satisfecho de que su ardid hubiera dado el resultado apetecido.

* * *

—¿Dónde ha estado? —preguntó Alma el domingo siguiente—. Seguramente, tostándose en la playa...

—¿Le parece bonito el color de mi cara? —sonrió Barsom sin inmutarse.

—No está mal, pero no le contraté para tomar baños de sol, me parece.

—Es que no soy el que usted cree, sino su hermano gemelo, Charlie —dijo el joven, sin pestañear.

—¿Qué? ¿Tiene un hermano gemelo?

—Experto en perforaciones petrolíferas. Paso muchas horas al aire libre. Se tiene que notar, me parece.

—Bruce nunca me habló de su hermano gemelo. El parecido es fantástico —declaró la muchacha.

—Y tanto, como que no hay tal hermano gemelo. Pero el color tostado de la cara engañó a Gloria Land.

Alma se quedó estupefacta.

—¿Cómo dice?

—Tenía que aproximarme a la señora Land. Ella me conocía como Bruce Barsom. A estas horas, sabe de sobra que trabajo para usted. Puesto que la libré de que un amigo mío le robara el coche y me presenté con mi identidad, tuve que inventarme al hermano gemelo, para que no sospechara nada.

—Vaya. No deja de ser una buena idea —elogió la muchacha—. Siempre que haya obtenido algo positivo...

Barsom carraspeó un par de veces.

—*Ejem, ejem...* La modestia me impide hablar, Alma —dijo.

Ella le miró un tanto enojada.

—¿Qué pasó? —quiso saber.

—Será mejor que corramos un tupido velo sobre lo que podría resultar un relato digno de Henry Miller, Anais Nin o, si prefiere los clásicos, del Aretino. Me imagino que usted es una mujer muy moderna, comprensiva, liberal, pero que en todo caso, prefiere los relatos escritos a la palabra.

—No me escriba una novela con lo que pasó entre usted y Gloria, por favor —pidió Alma secamente.

—Por supuesto. La discreción es la principal virtud de un caballero. —Barsom pensó en la hermosa y sensual Winnie Broxhull, a la que quizá le agradaría una visita suya—. Pero lo considero parte de mi trabajo.

—Lo dudo mucho, pero, en fin, ya no lo puedo evitar. ¿Consiguió algo positivo?

—Alma, la gota de agua no horada la roca al primer golpe. Esperemos un poco, ¿no le parece?

—Si esperamos demasiado, puedo quedarme con un palmo de narices.

—En todo, caso, ahí veo una parra. Podrá hacerse vestidos como Eva en el Paraíso.

—Tiene usted un sentido del humor realmente... indescriptible. En fin, supongo que no me queda otro remedio que seguir adelante. Empezar con otro, de nuevo, resultaría infinitamente peor.

—Sí, seguro. A propósito, ¿qué sabe de Gloria, particularmente?

—No entiendo qué quiere decir...

—Es soltera, casada, viuda... ¿Divorciada? Mire, la verdad es que no conseguí sacárselo...

—Está o estaba casada, pero no sé nada del marido. Hace tiempo que no se le ve con ella.

—La acompaña Hoster.

—Por lo menos, en el aspecto que podríamos llamar comercial —respondió Alma—. No me he preocupado si la compañía se prolonga en otras circunstancias.

—Ya lo averiguaré —dijo él alegremente—. Iría a ver también a Hoster, pero, aunque le engañase, la entrevista produciría resultados opuestos a los esperados. Con Gloria la cosa es distinta; puede hablar, sin darse cuenta del truco.

—Comprendo. ¿Qué más?

—Por ahora, eso es todo. Alma, ¿qué hay del pollo al horno que no pudimos saborear el domingo pasado?

Ella trató de mantenerse seria, pero no lo consiguió.

—Está bien —dijo, sonriendo deliciosamente—. Venga a la casa, todavía tardará algunos minutos, pero no podemos correr el riesgo de que nos estropeen el paseo a caballo.

Barsom permaneció en la granja hasta mediada la tarde. Al despedirse de la muchacha, dijo que al día siguiente intentaría encontrar una pista sobre el portafolios.

—¿Cómo? —preguntó Alma.

—Volviendo al sitio donde me prepararon la trampa explosiva —respondió él.

* * *

Eran las siete cuando llegó a la puerta de la residencia de la señora Broxhull. Oyó unos ladridos y luego notó que le observaban a través de la mirilla. Al fin, se abrió la puerta.

Winnie le dirigió una mirada radiante.

—Creí que te habías olvidado de mi existencia —dijo.

«Higgy» ladraba y saltaba a su alrededor, lleno de alegría por volver a verle. Barsom le hizo unas cuantas caricias y luego se enderezó.

—¿Cómo podías pensar una cosa semejante? —contestó por fin—. Olvidarte, después de lo que hubo entre los dos, es algo imposible.

Winnie alargó un brazo y tiró de él. Al cerrar la puerta, se lanzó sobre el joven y le besó con furia devoradora.

«Higgy», melancólicamente, dio media vuelta y se marchó con el rabo entre piernas.

—Eres fuerte —jadeó ella—. Hay una cosa que nunca me han hecho y siempre he deseado ardientemente.

—¿Qué es, encanto?

—¡Súbeme en brazos hasta el dormitorio!

Barsom se echó a reír. Winnie lanzó un grito de alegría al sentirse suspendida en los fuertes y musculosos brazos del joven. Acercó los labios a su oído y le prometió mil delicias. Barsom asintió complacidamente.

Un buen rato más tarde, en la penumbra del dormitorio, fumaron sendos cigarrillos. Winnie, a poco, mencionó a Alma.

—Pobre chica —dijo—. Si no se le solucionan bien los asuntos, satisfactoriamente, lo pasará muy mal.

—¿Por qué lo dices? —preguntó él sorprendido, a la vez que se incorporaba sobre un codo.

—La empresa ya no marchaba bien hace algún tiempo. Creo que todo dependía de los trabajos que estaban realizando en unas tierras propiedad de la empresa. Parece que allí hay no sé qué mineral extraño, muy solicitado en estos tiempos. Si los trabajos resultan, la *Drury Consolidated* saldrá a flote. En caso contrario, se hundirá como un buque torpedeado.

Barsom asintió. Alma no había mencionado aquella circunstancia en ningún momento. Tendría que preguntárselo a la primera ocasión que le resultase posible, se propuso.

Luego volvió a lo inmediato: a la hermosa mujer que tenía a su lado.

CAPÍTULO IX

Rhoda Clayton parpadeó al reconocer a su visitante.

—Hola —dijo, un tanto desconcertada.

Barsom emitió una alegre sonrisa.

—Estoy aquí de nuevo —exclamó—. Y esta vez, en plena forma. ¿Vamos, nena?

—El caso es... Bueno, no me encuentro... En fin, tú ya sabes cómo somos las mujeres...

—Vamos, vamos, no me vengas con excusas —dijo él, sin abandonar su tono jovial un solo instante. Sacó un rollo de billetes, contó diez de a cien y los puso en el cálido escote de la mujer—. Espero que esto te haya convencido —agregó.

Rhoda esbozó una sonrisa de circunstancias. «¿Quién sabe?, a lo mejor no sospecha de mí», pensó. Y se colgó del brazo del hombre.

—Muy bien, me has convencido —dijo con sonrisa profesional.

Momentos después, llegaban al piso superior. Rhoda sacó el dinero y lo depositó encima de una consola. Luego se dirigió a un pequeño bar y cogió una botella.

—¿Un trago? —sugirió.

—Oh, no, es demasiado pronto para mí, gracias.

—Bien, entonces...

Rhoda se volvió hacia él y se bajó el tirante izquierdo de su vestido. Barsom apreció que era lo suficientemente hermosa como para no necesitar de sostén. El seno izquierdo emergió, redondo, firme, rematado en el picudo vértice rosado.

Barsom levantó una mano.

—Espera un instante —pidió—. Quiero hacerte una pregunta.

—Claro, encanto. Todo lo que quieras.

—¿Dónde está el portafolios que Farrill lanzó al jardín por

encima del seto?

La sonrisa desapareció instantáneamente de labios de Rhoda. Guardó silencio un instante y luego dijo:

—¿Quieres saberlo?

—¿Lo dudas?

—Bien, espera un momento, por favor.

Rhoda se acercó a una de las paredes y tocó un timbre muy bien disimulado. Luego dirigió al joven una cálida sonrisa.

—Ahora, en seguida, vendrá la persona que conoce el paradero del portafolios, y podrás preguntárselo con toda confianza.

Barsom asintió. Pero había visto en los ojos de Rhoda algo que no le gustaba y que le hizo ponerse en guardia.

Treinta segundos más tarde, se abrió la puerta y entró un individuo que dejó estupefacto a Barsom. Con suaves ademanes, Rhoda señaló al joven y dijo:

—Emil, el señor iba a marcharse. Acompáñalo, ¿quieres?

* * *

Barsom no había visto nunca una cosa semejante. El llamado Emil medía dos metros diez, por lo menos, pesaba ciento veinte kilos y tenía unos brazos que parecían nudosos troncos de olivo. Su cabeza estaba completamente afeitada, excepto un copete de pelo en la coronilla, y tenía un arete de oro muy grueso en la oreja izquierda.

Emil sonrió, enseñando una dentadura toda metálica. De pronto, agarró una silla y mordió una de las patas, partiéndola en dos con toda facilidad, como si hubiera sido bizcocho. Barsom se puso pálido.

—¿Por qué no te contratarían para «Moonraker», en lugar del otro? —rezongó, mientras retrocedía al ver que el gigantesco individuo avanzaba hacia él.

De pronto, chocó contra la pared. Emil se le arrojó encima.

Barsom saltó ágilmente a un lado. En el mismo momento, alargó la mano, ensartó el índice en el arete y tiró con fuerza.

Emil lanzó un horripilante alarido al sentir desgarrado el lóbulo de la oreja. Ciego de ira, giró en redondo, manoteando desesperadamente. Barsom se agachó y disparó el puño izquierdo

con todas sus fuerzas. Fue un golpe venenoso, dirigido a la entepierna del gigante, y alcanzó de lleno su objetivo.

Emil se inclinó, llevándose ambas manos al lugar dolorido. Entonces, Barsom, que conocía algunos trucos de lucha, se apoyó con ambas manos en el respaldo de una silla y disparó los dos pies simultáneamente.

Alcanzado de lleno un poco más arriba de la frente, Emil cayó de espaldas. Pero aún no había perdido el conocimiento.

Sin embargo, la iniciativa había pasado ya a manos de Barsom. Agarró una silla y, en el momento en que el gigante se ponía de rodillas, la hizo girar horizontalmente, rompiéndola contra el lado izquierdo de su cráneo.

La silla voló literalmente en mil pedazos. Otro más fuerte que Emil habría caído en el acto, pero el sujeto resistió. Increíblemente, logró ponerse en pie y, con la cabeza gacha, cargó contra el joven.

Barsom pudo esquivar el primer ataque. Luego, con el rabillo del ojo, observó algo que le dio una idea.

Saltó un paso a su izquierda. Bramando como un toro furioso, Emil repitió la maniobra. En el último instante, Barsom volvió a esquivar.

El impulso era demasiado fuerte para que Emil pudiera detenerse y su mondo cráneo chocó con tremendo impacto contra el mármol de la consola. Se oyó un aterrador chasquido, y el mármol y la consola quedaron poco menos que pulverizados.

Era ya demasiado. Emil lanzó un ronquido, giró lentamente a un lado y cayó al suelo sin sentido.

Rhoda estaba aterrorizada. La derrota de su guardaespaldas le hizo sentirse presa de un pánico espantoso. Quiso huir, pero Barsom le cortó la retirada.

—Ahora repetiré la pregunta —dijo el joven fríamente.

—No... no sé nada...

Barsom avanzó hacia ella. De pronto, sacó un delgado cordel del bolsillo y, con movimiento indescriptiblemente rápido, se lo puso en torno al cuello.

—Voy a matarte —amenazó—. Luego llamaré a la Policía y diré que te encontré así y que luché con Emil, para evitar que huyera, después de haberte asesinado. ¿Comprendes?

Barsom sujetó el lazo con una mano y, con la otra, desgarró de

un tirón el vestido de la mujer.

—Emil quería violarte y tú te defendiste y él, exasperado, te estranguló...

Espantada, Rhoda levantó una mano.

—Hoster tiene el portafolios —exclamó rápidamente—. Yo no sé qué negocios se trae entre manos, sólo me pidió que lo recogiera y se lo entregase...

—También te dio otro portafolios para dejar que yo me lo llevase, ¿verdad?

—Sí... pero no sabía que tenía dinamita dentro... Te lo juro, él sólo habló de la posibilidad de que pudieras llevártelo... Me aconsejó que no lo abriese...

—Y, ¿cuánto te pagó por la faena?

—Nada. Es el dueño de... de este negocio... Yo... tuve que acceder, de lo contrario, me habría echado a la calle...

Había parte de verdad y parte de mentira en las respuestas de Rhoda, pero Barsom decidió darse por satisfecho.

—Muy bien, es todo lo que quería saber.

Aflojó la presión del cordel y lanzó a Rhoda sobre la cama. Luego se dirigió hacia la puerta.

—Sería conveniente que olvidaras mi presencia en este lugar —aconsejó—. No llares a Hoster ni le digas que hemos estado hablando. Como has podido apreciar, la protección de ese montón de carne ha resultado perfectamente inútil.

Rhoda no contestó. Aún se sentía llena de pavor, porque ignoraba que el joven no había tenido nunca intención de ejecutar sus amenazas. Pero, por lo mismo, decidió callar el incidente.

Barsom recobró los mil dólares, sonrió, y silbando alegremente salió al pasillo y luego a la calle.

* * *

—Te veo preocupado —dijo Gloria Land.

Barsom se sirvió una copa. Ella estaba en el diván, con los brazos extendidos sobre el respaldo y las piernas cruzadas. Toda su indumentaria consistía en una especie de camisón, muy corto, y que parecía hecho de cristal.

—Sí, lo estoy —confesó el joven.

—¿Puedo conocer los motivos, Charlie?

—Mi hermano —rezongó él—. Es un estúpido... Anda metido en una serie de jaleos... Le he preguntado qué le sucedía y no ha querido contestarme. Parece que las cosas no le marchan bien.

—Oh, cuánto lo siento. Si pudiera ayudarte...

—Gracias, pero no conseguirías nada. De todas formas, ya es mayorcito para ocuparse de sus propios asuntos. Si se hubiera buscado otra profesión, como la mía...

—Eres experto en perforaciones petrolíferas, ¿verdad?

—Di mejor en exploraciones. Soy geólogo, ¿sabes? Lo que sucede es que he dedicado últimamente mi atención al petróleo. Resulta mucho más rentable.

—Comprendo. De modo que eres geólogo.

—Sí, y bastante bueno, dicho sea inmodestamente.

De pronto, Gloria se levantó.

—Aguarda un momento, por favor.

La mujer desapareció en el interior del apartamento y regresó a los pocos momentos con un brillante pedrusco en las manos.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Barsom se espantó. ¿Qué podía decir, si no entendía absolutamente nada de lo que tanto presumía? Lo que menos podía esperar era que le enseñasen una muestra de mineral.

Pero tenía una fértil imaginación y no tardó en encontrar la manera de salir airoso de la crítica situación en que se hallaba.

—Verás —sonrió—, la experiencia me ha enseñado a no fiarme nunca de las apariencias externas de un mineral. Es como cuando ves una casa muy bonita desde el exterior. Puedes entrar en ella y el interior estar de acuerdo con la fachada... pero, a veces, resulta que es sólo el decorado para una película. ¿Lo entiendes?

Gloria se echó a reír.

—Lo que tú quieres decir es que no te atreves a opinar sin un análisis previo —contestó.

—Exactamente, eso mismo trataba de decirte.

—Bien, en tal caso, ¿por qué no te llevas la muestra? Tu opinión contaría mucho en un negocio que tengo entre manos... y te recompensaría adecuadamente.

Barsom se acercó a ella y la miró fijamente.

—Prefiero otra clase de recompensa —dijo.

Pero el teléfono sonó en aquel momento y Gloria rompió el contacto, apenas establecido.

—Perdona, cariño...

Ella levantó el teléfono. Escuchó unos momentos y luego dijo:

—Está bien, Dinkley: ahora estoy muy ocupada. Te llamaré más tarde, espera instrucciones... Sí, eso es todo por ahora.

Barsom oyó aquel nombre y se puso rígido. ¡Por fin había aparecido Dinkley!, pensó.

Gloria se volvió hacia él. Barsom hizo saltar el pedrusco en la mano.

—¿Sabes?, he pensado que cuanto antes empiece los análisis, será mejor. Me voy a marchar ahora, para comprar unos cuantos chismes que necesito... Supongo que esto debe de ser secreto...

—Sí, claro.

—Entonces, haré yo mismo los análisis; no quiero confiarlo a otro experto. Te llamaré en cuanto sepa algo.

—Que sea pronto, Charlie.

—Descuida, hermosa.

Barsom salió de la casa como si huyera del fuego. Dinkley había vuelto y quería pillarle en su apartamento antes de que volviera a esfumarse por segunda vez.

CAPÍTULO X

Oyó el timbre y se acercó receloso a la mirilla de la puerta.

—¿Quién es?

—Abre. Traigo un mensaje de la señora Land —dijo Barsom, engolando la voz un tanto.

Dinkley picó el anzuelo. Soltó la cadena, hizo girar el pomo y la puerta le golpeó con violencia en pleno rostro, lanzándole hacia atrás.

Barsom entró en tromba. Cerró de un manotazo, y antes de que el sujeto se recobrase, le arreó un derechazo en el estómago, que acabó en el acto con su ya menguada capacidad de resistencia.

Aprovechando la ventaja, Barsom le quitó la pistola que llevaba bajo la chaqueta. Luego, le empujó hacia un sillón, en el que cayó, sin aliento y con los ojos llenos de lágrimas.

Barsom hizo voltear el arma en torno a su dedo índice. Dinkley consiguió serenarse al fin.

—Bien, supongo que no va a disparar ese chisme —dijo.

—Yo no estaría tan seguro. Todo depende de ti.

—¿Quiere que hable?

—Me gusta tu sentido de adivinación. Ya sabes lo que pasó a Spann, me imagino.

Dinkley se lamió los labios resecos.

—Bueno, quizá podríamos arreglarnos... aunque la verdad es que no hay mucho que decir.

—Claro, tú solo eres un «mandao». Te ordenan hacer esto y lo haces, y te dicen que vayas allí y vas... Pero ¿quién te lo ordena?

—¿Cuál es el trato?

—No sé qué quieres decir...

—El asunto está tocando a su fin. Tengo ganas de salirme de él

—dijo el hampón.

Barsom reflexionó unos instantes. Quizá sí, sería mejor solucionarlo sin violencia. Alma, se dijo, pagaría los gastos.

—Mil —indicó.

—Dos mil y me voy una temporada de la ciudad.

—Hecho.

—Se llama Phil Hoster. Teníamos que secuestrar a la chica y llevarla a un sitio...

—Pero empezasteis a tiros en la granja —se indignó el joven.

—Bueno, sólo queríamos asustarle un poco.

—¡Caramba con los sustos! Si no llegamos a poner balas de paja delante del tractor, nos llenáis de plomo. Pero sigue, por favor.

—Está dicho todo. El resto, pregúnteselo a Hoster.

Barsom miró un instante al sujeto. Era indudable, pensó, que Dinkley había permanecido escondido una temporada, temiendo correr la misma suerte que su compinche. Dos mil dólares era un precio barato por privar de un apoyo a la pareja de criminales que eran Hoster y Gloria Land.

Hoster, sin duda, era el cerebro que dirigía la parte económica del asunto. Gloria era la inapreciable ayudante, con su picante belleza, que podía obtener muchas cosas, quizá con una simple mirada.

—De acuerdo —dijo al cabo—. Una última pregunta. ¿Conoces a *Dinamita Joe*?

—Sí, aunque no sé dónde vive...

—Ya lo encontraré, eso es todo.

Barsom descargó la pistola y lanzó las balas debajo de un diván. El arma siguió la misma ruta un segundo después. Luego contó el dinero y lo tiró a la cara del sujeto.

—Anda, vete inmediatamente de la ciudad —dijo—. Y, una cosa, si te llama la señora Land, no menciones mi nombre. Mejor aún, no contestes al teléfono... o la próxima entrevista podría tener un final muy distinto.

Salió del apartamento, bastante satisfecho. Dinkley cumpliría su palabra.

El asunto, se dijo, estaba casi resuelto. Faltaban unos pequeños detalles, pero tenía la casi seguridad de resolverlos en un tiempo muy breve.

El único punto oscuro en su panorama era *Dinamita Joe*. ¿Dónde diablos se había metido el experto en explosivos?

* * *

Barsom abrió la portezuela de su coche y Alma se sentó en el lado derecho. El dio la vuelta y se situó tras el volante. El vehículo se puso en marcha inmediatamente.

—Me ha dicho que vamos a un sitio, pero no ha querido ser más explícito —se quejó ella—. ¿Por qué no habla claro de una vez?

—Tenga paciencia, se lo ruego; ya lo sabrá cuando hayamos llegado. Mientras tanto, mire esto y dígame qué le parece.

Barsom abrió la guantera y sacó algo que puso en manos de la muchacha. Alma contempló asombrada el brillante pedrusco que el joven le había entregado.

—¿Qué es? —inquirió.

—El motivo de todos estos jaleos. Me lo dio Gloria Land, cuando le dije que iba a analizarlo personalmente. Bueno, la verdad es que era un pedrusco mucho mayor, pero entregué la mitad a un analista de toda confianza. Dentro de un par de días, tendremos los resultados.

—De modo que al fin lo ha averiguado —dijo Alma.

—No será por lo que usted me ha ayudado en ese sentido.

—Lo único que quería era que recobrase el portafolios con los documentos —se disculpó la muchacha.

—Pero todo está íntimamente entrelazado, incluso la «mutua» de asesinos que se dedicó exclusivamente a cazarme. Y todavía queda uno suelto.

Alma se estremeció.

—¿No lo ha localizado?

—No. Voy por la calle con cien ojos, he movilizado a todas mis amistades... pero no he conseguido nada hasta el momento.

Callaron un rato. De pronto, Barsom frunció el entrecejo.

—Alma, me parece que nos siguen —dijo.

Ella se asustó.

—¡Oh, Bruce...!

—Calma, no tema. Voy a hacer unas pruebas...

Cinco minutos después, se convencía de que, efectivamente,

aquel coche gris azul rodaba inflexiblemente detrás de ellos.

Barsom reflexionó. De cuando en cuando, miraba a través del retrovisor.

—Es curioso —murmuró.

—¿Qué, Bruce?

—¿Se ha dado cuenta? Es un coche del mismo modelo que el mío. Incluso de idéntico color...

—Se trata de un tipo muy corriente. No tiene nada de particular.

Barsom volvió a encerrarse en sus reflexiones. De súbito, dio un ligero golpe sobre el volante.

—Ya está —exclamó.

—¿Ha encontrado la solución?

—Si el que nos sigue es la persona en quien estoy pensando, no le quepa la menor duda. He encontrado la solución —contestó él enfáticamente.

* * *

Veinte kilómetros más adelante, Barsom avistó un parador de carretera. Aquel día se iba a desviar de su objetivo, pensó, pero lo importante era salir del apuro en que se encontraban.

Desvió el coche y lo llevó hasta la explanada de estacionamiento, en donde, en aquellos momentos, había sólo dos o tres automóviles más. Luego, abrió la portezuela.

—Actúe con naturalidad —dijo—. El tipo que nos sigue también se va a detener aquí.

Agarró el brazo de la muchacha y la llevó a la cafetería, eligiendo una de las mesas situadas en el interior.

—Voy al lavabo —anunció—. Pida café para mí.

—Está bien.

Barsom fue a los lavabos y abrió cautelosamente una pequeña ventana. El perseguidor había situado su coche paralelamente al del joven. Ya se había apeado y llevaba en las manos una caja de herramientas.

Barsom sonrió para sí. Durante unos minutos, se dedicó a contemplar las manipulaciones que el supuesto mecánico efectuaba en el motor de su automóvil. Cuando vio que estaba a punto de terminar, se retiró de la ventana y volvió precipitadamente a la

cafetería.

Alma le miró con interés.

—Ha tardado mucho —dijo.

Barsom dejó un billete sobre la mesa.

—Era necesario —respondió escuetamente—. Venga.

Alma le siguió, observando asombrada, que el joven se dirigía hacia la salida posterior. En la puerta, Barsom exploró con la mirada el estacionamiento.

El hombre que les perseguía dejó la caja de las herramientas en el asiento delantero de su coche. Luego caminó con paso natural hacia la cafetería.

—Ahora —dijo él—. Vamos, pronto.

Echaron a correr. Barsom alcanzó el coche del individuo y abrió la portezuela.

—*Dinamita Joe* no puede ser descuidado —murmuró—. Alma, vigila.

Ella obedeció, sin comprender muy bien lo que sucedía. Barsom entró en el otro coche y lo puso en marcha. Estaba a la derecha del suyo, y lo hizo retroceder lo justo, para avanzar después y colocarlo a la izquierda. Luego cambió la caja de herramientas de coche y finalmente, saltó fuera.

—Vámonos, Alma.

La joven obedeció. Cuando se alejaban, vieron que el perseguidor salía de la cafetería. Barsom no pudo por menos de apreciar cierta expresión de perplejidad en su rostro.

Luego, el hombre echó a correr hacia su automóvil. Abrió la portezuela, vio la caja de herramientas y se sentó tras el volante. Inmediatamente, hizo girar la llave de contacto.

En la infinitésima fracción de segundo que duró su última consciencia, *Joe Evert* comprendió tardíamente el error cometido. El estampido de la dinamita resonó fragorosamente.

Algunos de los cristales del parador saltaron en pedazos. Barsom oyó la detonación y frenó, apartándose a un lado de la carretera.

Alma, con la cara completamente blanca, volvió la cabeza y contempló las llamas que devoraban los restos del coche de su acompañante. Barsom había encendido un cigarrillo y tenía también la vista fija en aquel lugar.

Al cabo de unos momentos, se colocó bien en su asiento y se

volvió hacia la muchacha.

Alma callaba.

—Y bien, ¿no tienes nada que decir? —preguntó el joven.

—¿Era necesario, Bruce?

—¿Preferirías estar ahora allí, destrozada y consumiéndote entre las llamas?

Alma bajó la cabeza un momento. Respiraba entrecortadamente y las suaves curvas de su pecho se revelaban, tensamente contra la tela del vestido. Al cabo de unos momentos, alzó la mirada hacia el joven.

—Me pregunto si no habría otro medio —dijo.

—Tal vez, pero quiero hacerte una consideración.

—Si. Bruce.

—*Dinamita Joe* no hubiera desistido. Suponiendo que yo no hubiese desarmado la trampa, él hubiera vuelto a la carga, en la primera ocasión que se le hubiese presentado. Ya me puso dinamita en el horno de la cocina y también preparó el portafolios explosivo. Era una especie de duelo a muerte, no precisamente buscado por mí, y sólo podía terminar de una forma. Ahora, elige entre un asesino profesional o yo.

Alma emitió un largo suspiro.

—Me has convencido. Pero creo recordar que nos dirigíamos a alguna parte. ¿Puedo saberlo ahora ya?

Barsom dio el contacto.

—Sí, vamos a visitar a un antiguo conocido. Se llama Red Hilby y es el jefe de «Casting» en una productora que hace películas para la televisión.

—El que contrata a los artistas.

—Exactamente.

CAPÍTULO XI

Estaba preparando café y Alma le miraba con curiosidad.

—Eres un tipo muy curioso —observó—. ¿Vives solo?

—Sí.

—¿No has sentido nunca deseos de casarte?

—Oh, por supuesto; en numerosas ocasiones. Pero siempre he refrenado esos deseos.

—Vamos, no te seduce la idea de encadenarte.

Barsom separó la cafetera del fuego y empezó a llenar las tazas.

—Podría decir que no he encontrado aún la mujer ideal —contestó—. Es una frase muy bonita y llena de romanticismo, pero lo cierto es que nunca me lo he propuesto.

—Es decir, ni siquiera lo has pensado.

—Debe de ser porque no surgió la ocasión —sonrió él.

—Lo cual significa que te gusta la vida un tanto... aventurera.

—Estoy bien así, Alma.

—Claro. Y, de cuando en cuando, te encuentras con una Gloria Land y le das gusto al cuerpo.

Barsom la miró, simulando haberse horrorizado.

—¡Alma! ¿Qué lenguaje es ése? —exclamó.

—Oh, vamos, no me tomes por una colegiala inocente. Ya tengo veinticinco años, ¿sabes? Puedo darme cuenta de lo que es la vida...

—Y no lo disculpas.

Ella se encogió de hombros.

—Me es indiferente —contestó.

—Pues tú ya tienes edad para tener un esposo y hasta un par de niños —dijo él.

—Es que también me encuentro en tus condiciones. —Alma se puso colorada repentinamente—. Bueno, yo no... busco aventuras...

—Sí, claro, eres una chica decente. Pero si te molesta lo que pueda haber pasado entre Gloria y yo, piensa en los resultados. Además del sueldo y de la prima, me concediste libertad de acción, creo.

—Descuida, no te lo reprocharé —dijo Alma, repentinamente incómoda por el giro que estaba tomando la conversación.

De pronto, sonó la campanilla de llamada. Alma volvió la cabeza hacia la puerta de la cocina.

—¿Esperas a alguien? —murmuró.

Barsom dejó la taza a un lado.

—Quédate aquí y no asomes la cabeza —ordenó—. Si es una dama, procuraré deshacerme de ella lo más pronto posible.

—Ten cuidado —recomendó la muchacha.

—Sí, lo tendré.

Barsom cruzó la sala, rogando mentalmente que no fuese Winnie la visitante. Si a la señora Broxhull se le ocurría aparecer por allí, podía producirse una catástrofe.

Pero no era Winnie. Después de observar por la mirilla, abrió la puerta.

—¿Barsom? —dijo el hombre.

—Sí.

—¿Puedo hablar con usted?

El joven asintió. Era ya de noche y tras cerrar la puerta, fue a situarse con una lámpara a sus espaldas. Todavía tenía el maquillaje que le hacía aparecer con la tez tostada y no quería que Hoster pudiera adivinar la superchería.

Hoster quedó frente a él, a unos pasos de distancia. Era un hombre de buena presencia, lindando con la cuarentena, y de ojos que expresaban un carácter que no admitía réplica. «Un déspota», calificó Barsom mentalmente.

—Le escucho —dijo.

—Señor Barsom, iré directo al asunto —manifestó el visitante, sin elevar el tono de voz—. Usted nos ha creado multitud de complicaciones, y hablando sinceramente, debo reconocer que ha sabido salir airoso de todas las situaciones difíciles en que se ha encontrado. El cambiazco del automóvil fue un hecho genial, se lo aseguro.

El joven sonrió.

—Uno, en su modestia, hace lo que puede —repuso.

—Sí, he podido darme cuenta de ello. Un tipo que es capaz de enfrentarse con Emil Kapp, sólo con las manos desnudas, y le gana, es capaz de cualquier cosa. Cuando me dijeron que había derrotado a aquel gigante, no me lo podía creer.

—Pues es cierto, aunque no lo pasé muy bien. Pero ¿no íbamos al grano, señor Hoster?

—Efectivamente. Puesto que no puedo luchar con usted, he decidido que sea mi amigo.

—¿Cómo? —Respingó Barsom.

Hoster dejó algo sobre una consola.

—Veinticinco mil dólares —anunció fríamente—. Quédese quieto o, en todo caso, simule hacer algo, pero no consiga resultados positivos. Cuando hayamos terminado el asunto que traemos entre manos, completaré lo que falta hasta la suma de cien mil dólares.

Hubo un momento de silencio. Luego, Barsom dijo:

—Apuesto algo a que está pensando en que debió hacer esto desde un principio.

—Es probable, pero siempre se está a tiempo de rectificar, me parece —contestó Hoster—. Bien, ¿cuál es la respuesta?

El teléfono sonó en aquel instante. Procurando en todo momento tener el rostro en la sombra, Barsom se apartó a un lado y levantó el aparato.

Era Cass, «el Manco».

—¿Bruce? ¿Sí, eres tú? Escucha, tengo que darte una noticia muy poco agradable... Resulta que *Dinamita Joe* tenía un hermano. He oído decir que le estaba entrenando en el oficio... No le conozco, no le he visto en mi vida, pero sé que anda buscándote... Ten mucho cuidado...

—Pero, Charlie, ¿qué haces aquí, en la ciudad? —exclamó el joven—. ¿Cómo has podido venir aquí y no acercarte siquiera a mi casa? ¿Cómo, que tampoco hoy podrás venir a verme? Bueno, entonces, mañana... Ah, volverás a llamarme... Bueno, espero que te diviertas, después de tanto tiempo de agujerear el suelo en busca de petróleo... Adiós, Charlie, hasta mañana.

Barsom colgó el teléfono y se volvió sonriendo hacia el visitante. Cass debía de sentirse lleno de perplejidad por su respuesta, pero

creía que era lo mejor.

—Tengo un hermano estupendo. Trabaja mucho, pero cuando le llega la hora de divertirse, se olvida por completo de la familia —dijo jovialmente—. Bueno, habíamos quedado en cien mil dólares —añadió.

—Exacto —corroboró Hoster.

—Muy bien. Me lo pensaré.

—¿Qué? Creí que aceptaría...

—Probablemente, aceptaré, y la prueba es que me quedo con el dinero. Pero no tema; si decidiera darle una negativa, se lo devolvería íntegramente. Sin embargo, necesitaré veinticuatro horas de plazo por lo menos. ¿Le parece bien?

Hoster sonrió.

—Estoy seguro de que aceptará mi proposición. Es lo más conveniente para usted, señor Barsom.

Las últimas palabras del sujeto encerraban una amenaza implícita que Barsom no podía ignorar. Barsom asintió con plácida sonrisa.

—Creo que acabaremos por entendernos —respondió.

Hoster se marchó.

Barsom corrió hacia la ventana, vio al sujeto que subía a su automóvil y, cuando hubo desaparecido de la vista, corrió hacia la cocina.

Antes de llegar, Alma abrió la puerta.

—Lo he oído todo —declaró.

* * *

Barsom llenó dos copas y ofreció una a la muchacha.

—No has oído todo —dijo—. Cuando yo simulaba hablar con mi inexistente hermano, estaba engañando a Hoster... porque acababan de darme una noticia muy poco optimista. *Dinamita Joe* tenía un hermano y éste ha tomado el relevo.

—¡Oh, no! —exclamó ella, aterrada.

—Esto parece una epidemia de asesinos, que nadie puede atajar —dijo el malhumoradamente—. ¿Por qué se me ocurriría anunciarme en las páginas amarillas?

—A veces, uno tiene una idea que cree que es buena y luego

resulta una catástrofe...

—La mía ha resultado más que catastrófica —gruñó Barsom—. Bueno, procuraré cuidarme del hermano del dinamitero. Antes dijiste que lo has oído todo.

—Sí.

Barsom fue hacia la consola y quitó el papel que envolvía los billetes. Había doscientos cincuenta de cien dólares y se los enseñó a la muchacha.

—¿Cuál es tu opinión? —preguntó.

Alma le miró, rígida, tensa.

—En este caso, yo no puedo opinar. Eres tú quien ha de tomar una decisión —contestó—. Cien mil dólares es una cifra muy apetitosa, podría solucionar tus problemas.

—Sólo los económicos. No los de conciencia. Sería tanto como aceptar dinero de los que mataron a un buen amigo llamado Vic McNulty.

—¿Fueron los de la «mutua» de asesinos...?

—Tanto da. Éstos actuaron porque liquidé a dos de sus miembros, que sí habían sido contratados por Hoster, sin contar con los que envié a la cárcel. Pero ésa es otra historia. Alma, elaboré un plan y tú lo aceptaste. Seguiremos hasta el final.

Ella respiró aliviada.

—Sí, Bruce —contestó—. Pero ¿por qué en mi casa precisamente?

—Es mejor que en la oficina. Allí hay siempre gente que entra y sale... En tu casa sólo estaremos los personajes que deben tomar parte en la acción.

—Y, ¿cuándo será eso Bruce?

—Depende de una llamada que he de recibir mañana a primera hora. Si me dicen que todo está listo, la función empezará a las siete de la tarde.

—Conforme. Bueno, creo que es hora de que me marche...

—Espera —pidió el joven.

Alma le dirigió una mirada de curiosidad.

—¿Qué quieres, Bruce?

—Me parece que no debieras marcharte con el estómago vacío. ¿Por qué no te quedas a cenar conmigo? —Barsom sonrió—. Te debo una invitación, aunque sospecho que el menú que puedo

preparar no se puede comparar ni de lejos con el pollo asado que comí en la granja.

Ella sonrió suavemente.

—Bueno, algo podremos hacer con lo que tengas en el frigorífico —dijo—. La verdad es que, hasta ahora, no me había dado cuenta de que tengo hambre.

—Entonces, vamos a calmar esa incómoda sensación, porque yo también tengo el estómago vacío.

Después de cenar, se quedaron unos momentos de charla, frente a frente. Alma, de pronto, sintió curiosidad por saber una cosa.

—Bruce, dime, ¿te gusta el oficio? —preguntó.

—Bueno, la verdad es que, en ocasiones, resulta terriblemente pesado y odiosamente aburrido. Por no hablar de los casos en que ciertos tipos andan buscándome para arrancarme la cabellera. Pero, a pesar de todo, detesto la idea de encerrarme ocho horas diarias en una oficina. Es algo que no puedo soportar.

—Entonces, continuarás.

—Sí, pero cancelando el anuncio de las páginas amarillas. No más «servicios generales», ¿entiendes?

—Mi granja empieza a ser próspera. Por muy bonito que sea el oficio, tiene una parte desagradable: la de la administración. Si lo deseas, puedo darte el empleo; es hora ya de que alguien se preocupe de la burocracia. Y no necesitarás atenerte a un horario fijo, ¿entiendes?

Barsom sonrió.

—Me lo pensaré —dijo—. Gracias, de todos modos.

—La oferta es sincera —advirtió ella.

—Gracias otra vez.

Alma se levantó.

—Creo que es hora de que vuelva a casa —dijo.

—Te acompañaré —se ofreció él.

Cuando salían, Alma recordó una cosa que había olvidado momentáneamente.

—Bruce, ¿por qué tuvo que emplear Evert un coche idéntico al tuyo? Cuando encontró la ocasión, manipuló con la dinamita con toda tranquilidad...

—A mí también me ha extrañado, hasta que vi la matrícula. También era copia de la mía. Si puso la dinamita en el parador, es

porque se le presentó la ocasión y decidió aprovecharla. Pero sus intenciones eran hacer el cambio por la noche. Allí tuvo tiempo de sobra, cosa que no sabría si podría conseguir en otra parte. Seguramente, pensaba venir a mi casa, ya con la dinamita preparada, y hacer el cambio en pocos segundos. Y habría sido suficiente medio minuto o menos para conectar los hilos del arranque. Recuerda, allí perdió casi un cuarto de hora, pero fue porque nadie se preocupó de un tipo vestido con ropas de mecánico, quien aparentemente, estaba reparando un coche.

—Sí, eso debió de ser. Pero su hermano está vivo. Cuidado, Bruce.

—No me descuidaré un solo instante —prometió él—. Y tú, ¿tienes bien aprendida la lección?

—Lista para empezar a recitarla en cualquier momento —aseguró la muchacha rotundamente.

CAPÍTULO XII

La doncella abrió la puerta de la casa y sonrió cortésmente a los visitantes.

—Soy Phil Hoster. Ella es la señora Land. La señorita Drury nos aguarda —dijo el hombre.

La doncella se apartó a un lado.

—Por aquí, tengan la bondad —indicó.

Hoster y su hermosa acompañante atravesaron el vestíbulo y llegaron ante una puerta que la sirvienta abrió de inmediato.

—Señorita, la señora Land y el señor Hoster —anunció.

Alma estaba en el despacho que había sido de su padre y se levantó inmediatamente.

—Pasen —dijo, escueta.

Gloria y Hoster cruzaron el umbral. La doncella cerró suavemente la puerta.

—Siéntense —indicó Alma.

Hoster tenía en las manos un portafolios que Alma reconoció de inmediato. No obstante, procuró mantener su impasibilidad.

—¿Y bien? —dijo.

—Me gustaría saber por qué nos ha citado en su casa —dijo Gloria con acento algo hostil.

—Vamos a hacer un trato comercial y prefiero la máxima discreción. Nadie debe enterarse hasta que todo esté hecho.

—Es una buena idea —aprobó Hoster—. ¿Está dispuesta a firmar?

Alma asintió.

—Supongo que en ese portafolios están todos los documentos que quitaron a mi padre —dijo.

—Sin faltar uno solo —sonrió Gloria.

—Es una lástima que no pueda acusarles de asesinato...

—El señor Drury nos hizo una mala jugada hace años. Decidimos que un día nos tomaríamos el desquite —manifestó Hoster—. Parte de esos terrenos nos pertenecían, y él nos los quitó con malas artes.

—Pagó lo justo, lo que valían en aquellos momentos, y durante bastantes años tuvo inmovilizado ese capital. Si luego se descubrió un importante yacimiento de mineral, ¿por qué no lo iba a aprovechar? ¿Tenía él la culpa de que hubiesen dilapidado el dinero que les dio? ¿Era culpable de que ustedes, sólo en estos días, se hayan preocupado de saber qué había en aquellas tierras?

—Ya lo sabemos ahora y es suficiente. ¿Por qué no solucionamos este asunto de una vez?

—Firme y no hable más —añadió Gloria.

—Voy a venderles por una miseria...

—No tiene otra solución —dijo Hoster.

Abrió el portafolios, que puso encima de la mesa, y sacó unos documentos, que entregó a la muchacha.

—Cuando quiera —invitó, con la sonrisa en los labios.

Alma vaciló unos momentos y acabó por firmar. Casi en el mismo instante, se oyó un fuerte estrépito en el vestíbulo.

Hoster y Gloria volvieron la cabeza. Apenas un segundo más tarde, se abrió la puerta y tres hombres y una mujer entraron en el despacho.

—Quietos todos —dijo uno de los hombres—. Soy el teniente Dean de Personas Desaparecidas.

Hoster y Gloria se quedaron atónitos. Junto con Dean, venían dos policías de uniforme y una joven de unos veinticinco años, muy pálida, demacrada, con las ropas en desorden y el cabello alborotado.

Dean avanzó un par de pasos más.

—Jean Palmer, la detengo acusada de secuestro en la persona de Alma Drury. Hemos conseguido rescatar a su víctima y los hombres que la custodiaban están ya en Jefatura.

—¡Oh, no...! —murmuró Gloria, que se había quedado inmóvil por el asombro.

Dean continuó:

—Puede negarse a contestar a mis preguntas, pero si dice algo,

podrá ser utilizado contra usted en el juicio. Tiene derecho a un abogado...

De repente, Alma echó a correr hacia una de las ventanas. Los policías de uniforme fueron más rápidos y la atraparon antes de que pudiera escaparse.

—Llévensela —ordenó Dean.

Se oyó el chasquido de unas esposas. Dean, los policías y Alma desaparecieron por la puerta, antes de que Hoster y Gloria tuvieran tiempo de despegar los labios.

Entonces, la muchacha pálida y demacrada, avanzó hacia la mesa y cogió los papeles que había encima.

—Esto no sirve para nada. La firma de una impostora no tiene valor alguno —dijo.

—Pe... pero... ella era Alma... —balbució Hoster.

—¿Alma Drury? —rió la joven—. ¿Es que no han sabido darse cuenta de que llevaba una máscara, copia perfecta de mis facciones? Me secuestró hace más de un mes y sólo buscaba la ocasión de vender algo que no es suyo. En cuanto hubiera recibido el cheque, habría desaparecido y ustedes se hubieran encontrado con unos papeles sin valor.

Hoster reaccionó y se precipitó hacia el portafolios.

Antes de que pudiera cerrarlo, sonó una voz a sus espaldas.

—Deje eso —ordenó Barsom.

* * *

Gloria Land se volvió lentamente. Su hermoso rostro se había transformado en una máscara de furia indescriptible.

—Pero ¿no había aceptado veinticinco mil dólares? —aulló Hoster.

—Nunca dije que aceptaría el trato. Sólo pedí un plazo para pensármelo... pero, en realidad, se trataba de que vinieran aquí con los documentos que tan bien han tenido escondidos hasta que recibieron el informe del analista de minerales. Tan falso como el secuestro de Alma.

Barsom sonrió, seguro tras el revólver que empuñaba.

—Era preciso hacerles venir con los documentos —añadió—. Anita —se dirigió a la joven parecida a Alma—, recoge todo.

—Sí. Bruce —contestó la chica.

—Ella es Anita Ransome, actriz, como el teniente Dean y los dos policías que le acompañaban. Sólo fue un truco. Hoster —explicó Barsom. Miró a Gloria—. Y no tengo ningún hermano gemelo —sonrió.

Hoster lanzó un rugido de rabia. El joven continuó:

—Tendrán que responder de muchas cosas, pero sólo me interesa el asesinato de Walter Drury. Dane Gowan, el tipo que se disfrazó de enfermera, ha hecho un trato con el fiscal, para conseguir una sentencia benigna, a cambio de declarar contra sus cómplices: Farrill y ustedes dos. Lo pagarán caro, créame.

Gloria se sentía anonadada.

—Y todo, por algo que no vale apenas el papel en que se ha redactado el contrato de venta —prosiguió el joven implacablemente—. El analista que examinó las muestras que ustedes le entregaron es amigo mío, y les envió un resultado deliberadamente erróneo. Y yo, por supuesto, no soy geólogo y si dije que la muestra que me había entregado Gloria era muy valiosa, sólo fue para continuar el engaño. Nada, pero nada es lo que hubieran conseguido y ahora menos todavía —concluyó Barsom.

Hoster respiraba afanosamente, como si le faltara el aire. De repente, Gloria abrió su bolso y sacó un revólver.

—Voy a matarte —silabeó, fuera de sí completamente.

Barsom saltó a un lado. En el mismo instante, sonó un disparo.

Gloria se tambaleó. En el centro de su pecho, justo entre los senos, había aparecido una mancha roja.

El disparo había sonado a espaldas de Barsom, quien, inmediatamente, se tiró al suelo, a la vez que giraba sobre sí mismo. Delante de él había un individuo joven, armado con una enorme pistola, quien volvió a disparar por segunda vez.

La bala rompió en mil pedazos un valioso tintero de cristal de roca situado sobre la mesa de trabajo.

Barsom desde el suelo, hizo fuego hacia arriba.

El pistolero dio un salto convulsivo y sacudió el arma violentamente. Luego, giró a un lado y se desplomó al suelo.

Barsom se incorporó con rapidez. Hoster, alhelado, no era capaz de hacer un solo movimiento.

—¿Quién era ese tipo? —preguntó Barsom, intrigado.

—Da... Danny Evert... —contestó Hoster.

Barsom asintió.

—Lo habían traído como jugador de reserva, ¿eh?

—Llegó tarde...

—Le faltaba la experiencia de su hermano —dictaminó el joven.

Más tarde, cuando la casa quedó completamente despejada y se hubieron llevado los cadáveres, Barsom enseñó algo a la muchacha.

—Alma, tengo que darte una mala noticia —dijo.

Ella procuró mantenerse serena.

—Estoy preparada —dijo.

Barsom le enseñó la piedra brillante que había llevado en la guantera del coche.

—En efecto, es pirita de cobre, pero de muy bajo contenido. Lo que hace inviable la explotación del yacimiento. Además, la veta es muy pequeña y ni siquiera en el caso de una gran riqueza de contenido cuprífero, resultaría productiva su explotación. Lo siento de veras, lo siento. Alma.

La muchacha asintió.

—Supongo que esto es el fin de la *Drury Consolidated* —murmuró—. Confiábamos en ese yacimiento para poner a flote la empresa...

—En tu lugar, yo no me preocuparía tanto. A fin de cuentas, te queda algo que dará interés a tu vida.

Alma sonrió, esforzándose.

—Quizás así haya sido mejor —contestó.

Guardó silencio durante unos momentos. Luego preguntó:

—Bruce, ¿qué tal lo hice como Jean Palmer?

—Maravillosamente —dijo Barsom—. Cuando salías de aquí, dabas la impresión perfecta de la mujer que ve derrumbarse todos sus sueños. Hoster y Gloria no sospecharon nada hasta que yo se lo dije.

—Pero ¿era necesario? —dudó la muchacha—. Porque si ellos traían los documentos, con haber aparecido tú en el momento oportuno...

—Creo que así fue mejor. Recuerda, se quedaron sin fuerzas para reaccionar, anonadados por la noticia. De otro modo, su forma de actuar habría resultado distinta. Además, quería protegerte.

—Pero pusiste en peligro la vida de Anita.

—Oh, ella está acostumbrada... Bueno, quiero decir que ha

trabajado en películas donde hay siempre mucha violencia... Estaba bastante bien maquillada, ¿no? —Parecía que era yo misma, después de un mes de encierro. Si no lo hubiera sabido... también habría creído que era mi hermana gemela.

Barsom se echó a reír.

—Tú eres irrepetible —dijo.

Los ojos de Alma emitieron un brillo especial. Barsom se sintió repentinamente incómodo y se puso en pie.

—Bueno, creo que es hora de que me retire —se despidió precipitadamente.

—¡Ven pronto a verme a la granja! —pidió ella, cuando el joven cruzaba la puerta de la casa.

* * *

Alma estaba hablando con dos de los peones, vestida con camisa a cuadros, pantalones de peto y sombrero de fibra. Barsom detuvo el coche y saltó al suelo.

Ella le vio y agitó una mano.

—¡Voy en seguida, Bruce!

—No tengas prisa —contestó él.

Vio muy cerca un melocotonero, repleto de fruto maduro. Se acercó, cogió un melocotón y empezó a morderlo. Alma llegó cuando ya se limpiaba los labios.

—Delicioso —dijo Barsom.

—Puedes seguir, si te gustan —sonrió la muchacha.

—Luego. ¿Cómo te van las cosas por aquí?

—Estupendamente, no puedo quejarme. Mis abogados se encargan de la disolución de la compañía. Voy a quedarme poco menos que con lo puesto.

—Supongo que la granja no servirá de garantía contra las pérdidas —se alarmó él.

—¡Oh, no!, está completamente desvinculada de cualquier relación con la *Drury Consolidated*. Nadie puede tocar la propiedad.

—Lo celebro, Alma.

Ella sonrió ligeramente.

—Bruce, supongo que has venido a cobrar la factura —dijo ella.

—¿Tienes dinero?

—Bueno, pediré un préstamo... ¿Cuál es el importe total?

—Prometiste quinientos dólares diarios y trabajé durante cinco semanas.

—¡Uf! —suspiró Alma—. Si contamos la prima de diez mil dólares, el total asciende a veintisiete mil quinientos. Tendré que pedir un préstamo al Banco...

—Pídemelo a mí —dijo él.

—¿Cómo? ¿Puedes...?

—Puedo invertir ese dinero en la granja.

Hubo un instante de silencio.

—¿Nada más? —preguntó ella al cabo.

Barsom señaló con el pulgar hacia su coche.

—Ahí traigo unos cuantos libros: «Tratado de Agronomía», algo sobre el cuidado de las aves domésticas, un manual de reparación de herramientas agrícolas... y un manual de contabilidad.

—Entonces, vienes dispuesto a trabajar de firme.

—Y también a algo más.

—¿Qué es, Bruce?

Barsom pasó un brazo por la cintura de la muchacha.

—Adivínalo —contestó.

Alma rió alegremente.

—De acuerdo —contestó—. Pero con una condición.

—Lo que tú digas, cariño.

—Cancela tu anuncio en las páginas amarillas y contrata otro distinto.

—¿Otro distinto? —se extrañó él—. Y, ¿qué debe decir?

—«Bruce Barsom, granjero» —respondió la muchacha.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA

. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.